



Servicios centrales:
Fco. Javier Sauquillo, 33. 28944-FUENLABRADA-MADRID
Tel.: 91 697 72 86. Fax: 91 690 12 46. correo@sermadridsur.com

Como todos sabéis, la ilusión muchas veces mueve montañas, y en esta V edición del Certamen Literario de la Cadena SER en el sur de Madrid tenemos la ilusión de haber consolidado una propuesta cultural que se ha convertido en referente de toda la zona. Como en ediciones anteriores, el ejemplar que tenéis hoy entre las manos es producto del esfuerzo, la imaginación y el trabajo de los participantes en esta convocatoria organizada por Cadena SER Madrid Sur (94,4 FM) con el apoyo de multitud de firmas patrocinadoras y entidades, sin cuya colaboración, no sería posible organizar este evento.

Para nosotros, como medio de comunicación, poner en marcha una iniciativa de estas características es una obligación con el fin de contribuir a fomentar el gusto por la cultura y la literatura entre los oyentes de la emisora y motivar a los nuevos escritores y jóvenes talentos de nuestro entorno, algunos de los cuales ya han visto recompensado su esfuerzo con premios económicos y –como veis- con la edición de sus relatos en un libro que será distribuido en las bibliotecas de todos los Ayuntamientos participantes.

Debemos agradecer el apoyo brindado por los Ayuntamientos de Fuenlabrada, Getafe, Parla, Pinto, Valdemoro, Griñón, Ciempozuelos y San Martín de la Vega que, desde el primer momento, han apoyado esta convocatoria literaria.

También ha sido muy importante el apoyo de la Fundación Centro de Poesía José Hierro, cuya directora, Tacha Romero, se ha implicado personalmente en todas y cada una de las ediciones del Certamen y ha cedido las instalaciones del Centro para las deliberaciones del jurado y para la entrega de los premios a los ganadores y finalistas. Especial mención merece el Centro Comercial “Loranca” de Fuenlabrada y su gerente, Joaquín Fuentes, que ha decidido sumarse a este apasionante proyecto para potenciarlo y dotarle de la comunicación necesaria en todos los ámbitos a través de sendos programas en directo desde el Centro Comercial.

También nuestra profunda gratitud a los gerentes del Grupo Cefoim que, con su apoyo, han permitido entregar el primer premio del Certamen y contribuir a la difusión de los trabajos ganadores y finalistas a través de uno de los deseos más profundos de todos los participantes: la edición de un libro con sus relatos.

Del mismo modo, el Certamen no hubiera sido posible sin el asesoramiento y la colaboración de José Manuel Contreras, responsable del espacio “*Rincón Literario*” de Cadena SER Madrid Sur quien, desde el primer momento, se ha sido y es una de las piezas clave para la puesta en marcha de este Certamen cada año.

Mostrar por último además nuestro más sincero agradecimiento al resto de patrocinadores y entidades participantes, tales como Festimad Sur, Aira Soluciones Informáticas, Obra Social Caja Madrid, y NH Hoteles, entre otras, que han confiado en este proyecto y nos han permitido acometerlo con toda la ilusión del mundo. Gracias de corazón a todos ellos.

Por último, indicaros que estos relatos y los ganadores y finalistas de ediciones anteriores también se podrán encontrar en breve a través de la web www.sermadridsur.com donde se distribuirán además las bases del próximo Certamen Literario de la Cadena SER en el sur de Madrid. Os animamos a participar en al siguiente edición.

Florencio Torres. Director de SER Madrid Sur, 94.4 FM



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

1er Premio:

Patrocinado por Grupo Cefoim

“La Manzana Podrida”

Manuel Jesús Osuna Blanco

Pseudónimo: Corman

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

T

oledo, 13 de julio de 1348

El presente manuscrito, que hallaréis en mi hábito mientras cuelgo ahorcado del ciprés del claustro, corresponde a la confesión de autoría de unos hechos espantosos, contrarios sin duda a la moral cristiana que siempre he salvaguardado como abad de este monasterio. De ningún modo creía justificable atentar contra la propia vida, pero la soga que estrangulará mi cuello, cual Judas Iscariote, pondrá fin al amargo remordimiento que me atormenta desde hace días.

Ni pretendo ni merezco obtener vuestro perdón, sabemos que sólo Dios juzgará mis actos, mas considero os debo una explicación que esclarezca los terribles crímenes acontecidos entre estos muros de piedra. Narraré por tanto lo sucedido de mi puño y letra, expresando mi vivo deseo de que sea el hermano Gabriel quien tenga a bien leeros estas páginas en el refectorio. Ruego que a mediodía, cuando suba al púlpito durante el almuerzo, sustituya el acostumbrado pasaje bíblico por mis últimas palabras, pues tendré así la certeza de que todos vosotros, en luctuoso silencio desde las largas mesas, prestaréis absoluta atención a mi testimonio.

Comenzaré revelando que el hermano Samuel jamás abandonó el monasterio.

Mentí al explicar que había renunciado a nuestra orden voluntariamente, si bien la noticia no os extrañó en demasía, puesto que en sus cinco meses de novicio conocimos en él a un joven de carácter contradictorio e inconformista, de todo punto incompatible con la templanza y la humildad que requiere la disciplina monástica. Desde el mismo día en que llamó a nuestra puerta, fuimos varios quienes sospechamos que no era la fe lo que le empujaba a entregarse a la vida en oración, sino hallar cobijo en esta abadía. No le culpo. Mucho menos en estos tiempos de hambruna, peste y desesperación. No obstante, las reglas monacales son claras, y su evidente falta de vocación provocó más de una desobediencia. Recordaréis incluso que en sus primeras noches fue sorprendido merodeando por el portón de entrada, supusimos que valorando si continuar o no con una vida religiosa a la que no estaba llamado. Cuando finalmente decidió pertenecer sin dudas a esta comunidad, le acogimos con los brazos abiertos.

Sabéis que al hermano Samuel le costaba adaptarse a la liturgia de nuestro oficio divino (especialmente injustificadas y frecuentes eran sus ausencias a maitines), aunque pronto hubimos de reconocer que suplía con gusto el ora por el labora. Enseguida se ocupó con extraordinario entusiasmo de los trabajos manuales, prestándose voluntario tanto para sembrar el huerto como para custodiar la inmensa bodega. Tan interesado estaba en la elaboración y almacenamiento del vino en el sótano, que hasta mis oídos llegó algún jocoso apelativo que aludía a su afición desmesurada por la bebida. Nunca, eso sí, dio muestra alguna de embriaguez.

Comprendía yo, por tanto, que Samuel distaba de convertirse en un monje ejemplar, pero fue la misteriosa conducta que manifestó durante las últimas

semanas lo que desencadenó mis sospechas. ¿No es cierto que recorría los corredores del claustro más silencioso y afligido que de costumbre? ¿Cuántos de vosotros le encontrabais en sus tareas meditabundo, diríase que a veces esquivo y asustadizo? ¿Acaso no eran censurables sus disimuladas retiradas durante los rezos y su creciente egoísmo con la comida? Siempre le delató su codicia por alimentarse más que ningún otro, hecho que yo toleraba entendiendo que al principio cuesta acostumbrarse a nuestra dieta frugal; pero cuando en una ocasión le sorprendí en la despensa apropiándose de media hogaza de pan y fruta fresca, hube de llamarle a capítulo, obteniendo a cambio una actitud soberbia y negadora de mis acusaciones. Desde entonces, los motivos para desconfiar de él no sólo no cesaron, sino que se agudizaron. Cada noche se retiraba más temprano a su celda, y su habitual gula contrastaba de modo extraño con su imparable deterioro físico. Semana tras semana, sus brazos, a la sazón fornidos, se fueron tornando flacos; y en su rostro, febril y demacrado, empezábanse a dibujar los huesos. Interpreté su tremenda sed y su voraz apetito como un intento desesperado por frenar el adelgazamiento que consumía su cuerpo. Jamás, a pesar de mi insistencia, consintió un examen médico, achacando su debilidad al agotamiento de un insomnio pasajero.

Comprenderéis entonces que recelase de sus fingidas excusas y considerase destapar la realidad por dolorosa que fuese.

Aceptaremos que aunque nuestro contacto más allá de estas murallas se limita a salidas e intercambios imprescindibles, no somos ajenos en absoluto a la espantosa epidemia que azota el mundo. La ira de Dios está golpeando a una Humanidad pecadora: campesinos y nobles huyen dejando atrás pueblos vacíos, millares de cadáveres se descomponen infectados por las ratas, e incluso cuentan que en las zonas más castigadas, los vivos apenas son suficientes para enterrar a los muertos. Por tanto, la probabilidad y el sentido común me hicieron concluir que Samuel se encontraba gravemente enfermo, y si en estos tiempos hay una plaga que revolotea cual bandada de cuervos sobre nuestras cabezas, esa es la muerte negra.

Gracias a un reciente ejemplar copiado en el scriptorium, tengo conocimiento de los signos de dicho mal, por lo que arriesgando mi salud a favor de la vuestra, el pasado martes bajé a la bodega para abordar al hermano Samuel a solas. Comprobé horrorizado cómo salió a mi encuentro nervioso, intentando contener la tos con unas manos cuya piel mostraba incipientes signos de ennegrecimiento. Me detuve al pie de la escalera y, desde la distancia, le interrogué severamente por la presencia de bubones bajo su hábito, amenazando además con expulsarle en aquel mismo instante si confesaba haber mantenido contacto con persona o animal infectado del exterior. Me lo negó más veces que san Pedro a Nuestro Señor, con unos ojos acuosos que dejaban entrever el miedo. Supongo que fue la lastimosa forma en que me suplicó de rodillas que no le echara, prometiendo que se encerraría en su cuarto hasta sanar su malestar, lo que retrasó mi actuación.

Sin embargo, la decisión ya estaba tomada.

El hermano Samuel era una manzana podrida, y yo no podía permitir que echara a perder el resto de la cesta.

Esa misma noche, bien entrada la madrugada para cerciorarme de que todos dormíais, tomé una vela y me dirigí sigiloso a su cuarto. Reconozco nocturnidad y alevosía en mi proceder, para qué negarlo, pero mi intención no

era otra que evitaros presenciar la desagradable escena de la expulsión, amén de impedir que cundiera el pánico por temor a un posible contagio. No obstante, mi desconcierto fue mayúsculo cuando descorrí el cerrojo de la puerta y encontré la celda vacía. La cama había sido deshecha, pues faltaban sábanas y almohada, y el ventanuco permanecía entreabierto. ¡Samuel había infringido su promesa de aislamiento!

Precipité entonces mis pasos en búsqueda del apestado. Recorrí las galerías del claustro, atravesé el jardín alumbrado por la luna llena, e incluso me detuve en el pequeño cementerio antes de registrar sin éxito el interior de la iglesia. Finalmente, una exigua luz en poniente del piso inferior me condujo a sorprenderle de nuevo en la cocina.

El hermano Samuel, excitado, sostenía un cuchillo con las manos ensangrentadas, cerca de una palangana llena de agua. ¡Imaginad mi alarma ante semejante situación! ¿Qué atrocidad habría cometido, cuyo rastro pretendía eliminar? Juro por Dios que intenté razonar con él, pero al saberse descubierto y acorralado, reaccionó de forma agresiva. Cual criatura endemoniada, Samuel chilló furioso para que me apartara, amenazando con utilizar la afilada hoja de acero si me interponía en su camino.

Yo no sabía si había dañado a alguno de vosotros; si quizá planeaba exterminarnos a todos.

No sabía.

Todo a continuación sucedió muy deprisa. Recuerdo que forcejeamos, chocamos con el viejo fogón, y terminamos ambos rodando por el suelo enzarzados en una improvisada lucha. Cierto es que Samuel me aventajaba en fuerza y juventud, pero su exagerada perturbación hacía que me atacara con torpes y azarosos movimientos. Finalmente fui yo quien hundí el cuchillo en su pecho.

Creedme, hijos míos, que actué en defensa propia. Al menos en esta parte puedo merecer disculpa. No así en mi posterior comportamiento, donde sin duda me dejé embaucar por el diablo.

Arrodillado y asustado por haber herido de muerte al joven, me invadió el pánico a las consecuencias. Pendía de un hilo mi posición de padre espiritual, mi merecida excomunión y el futuro mismo de esta abadía, pues a buen seguro que ante los indicios de un brote de muerte negra, las autoridades eclesiásticas decidirían aislarnos y convertir nuestro monasterio en una leprosería. No podía consentirlo. Mantuve por tanto la sangre fría y reflexioné mientras Samuel agonizaba. Resolví primero administrarle una digna extremaunción. Tras ungirle con aceite de oliva, me persigné y susurré varias plegarias, evitando así prestar oídos a sus últimos estertores. La solución se me antojó entonces aterradoramente sencilla: sin testigos de mi crimen, simplemente bastaba con deshacerme de la manzana podrida y salvaguardaría el bienestar de nuestra congregación.

Puesto que arrojarle al pozo habría supuesto contaminar la reserva de agua, elegí ocultar al muerto de forma muy distinta. Sin desprenderle de las sandalias, le tomé por los tobillos y arrastré su cuerpo desde la cocina al corredor exterior, atravesando el refectorio donde estaréis escuchando esta confesión, hasta lograr llegar con no poco sacrificio a la entrada del sótano. Una vez allí, empujé el cadáver escaleras abajo, clausuré la bodega y regresé para borrar las huellas de lo sucedido. Lavé y guardé el cuchillo, vacié el agua

de la palangana y me esmeré en limpiar escrupulosamente cualquier resto de sangre que hubiera salpicado el suelo.

Despuntaba ya el día cuando yo mismo subí al campanario y toqué a laudes.

Recordaréis que ese miércoles os anuncié con pesar el súbito abandono del hermano Samuel, y cómo a continuación dispuse revisar personalmente la bodega durante la mañana hasta decidir a quién le adjudicaba su cuidado. Me reservaba así un valioso tiempo para emparedar el cadáver.

Porque tal era mi intención: aprovechar alguno de los nichos o recovecos en las mohosas paredes del sótano, introducir el infectado cuerpo y levantar un muro de ladrillos y argamasa que lo tapiara para siempre. A la postre, unos cuantos toneles antepuestos estratégicamente disimularían mi rudimentaria obra de albañilería.

No obstante, lo que encontré aquella mañana en la bodega fue el fin de mi cordura. Las vívidas imágenes que me persiguen, machacando mi cerebro, llenándome de culpa y haciendo temblar mi pulso y alterar mi caligrafía, sólo dejarán de atormentarme cuando al alba cuelgue ahorcado.

Sucedió que, escudriñando el subterráneo en busca del lugar idóneo para ocultar el cadáver, me dirigí al rincón más apartado y un charco rojizo detuvo mis pasos. Pensé en un reguero de vino derramado, pero al doblar la esquina ahogué un grito al darme de bruces con la monstruosa realidad.

Una mujer joven, hermosa aun de color ceniza, yacía tumbada sobre unas sábanas. Sus largos cabellos morenos descansaban sobre una almohada, y varias gotas de sudor perlaban todavía su rostro frío. Un pañuelo entre los dientes, a modo de mordaza, había evitado que sus gritos se escucharan en el monasterio. De sus piernas abiertas goteaban restos de una fatal hemorragia, y el sanguinolento fruto de su vientre permanecía inmóvil a sus pies. Quizá el recién nacido no tuvo a nadie que golpease su espalda para ayudarle a respirar. Quizá a su padre no le dio tiempo a regresar para cortar el cordón umbilical. Con el cuchillo. Con la palangana de agua.

Retrocedí con el corazón desbocado en mi pecho, mientras mi perturbada mente insistía en continuar atando cabos: los robos en la despensa, su increíble gula. ¡Guardaba comida para ella! Muchas veces incluso Samuel hubo de quitársela de su boca para alimentar a la joven clandestina. Y trabajó de día, y no durmió de noche por cuidarla. ¡Cuán evidentes se mostraban ahora las causas de su desgaste físico! Hallé, además, rescoldos de una pequeña hoguera, preparada sin duda para templar a la muchacha de la humedad del sótano. Tos por el humo, manos ennegrecidas por el carbón.

Creo que, llegados a este punto, no os será difícil entender las demás explicaciones. Samuel acudió a refugiarse bajo nuestro techo (no era la fe y la vida en oración, sino hallar cobijo) con el propósito de facilitarle el acceso también a ella (en sus primeras noches merodeaba por el portón de entrada). La semilla ya estaba sembrada en su vientre, y aquí encontró un lugar para madurar, a la vez que el zumo de uva, entre toneles y barricas. Me reprocho amargamente no haber sospechado nunca de la presencia de una joven encinta escondida en el sótano. ¡Qué triste penuria y qué trágico final! ¡Morir en un parto malogrado, miserablemente sola!

Soy, por tanto, culpable de tres muertes. Una manzana podrida que debe ser apartada. Es mi última voluntad suplicaros que rescatéis los cuerpos emparedados. Hallaréis el nicho tras el enorme tonel de vino que he señalado

con una cruz. Confío en que la pareja y su hijo reciban cristiana sepultura en nuestro humilde camposanto. No así mi cadáver, que espero repudiéis y arrojéis con los desperdicios para regocijo de carroñeros.

Afligido y apenado, me despido de vosotros para poner fin cuanto antes a este insufrible calvario.

Que Dios misericordioso se apiade de mi alma.

Decidí emparedar el cadáver en el sótano, tal como se cuenta que los monjes de la Edad Media hacían con sus víctimas

EDGAR ALLAN POE, *El gato negro*



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

2º Premio:

Patrocinado por Festimad Sur

“Mishifú”

Javier Escolar Téllez

Pseudónimo: Edgar Freemantle

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

Ya a las ocho menos cinco de la mañana el día apuntaba maneras de gris plomizo. Clarita era una niña rubia a la que su madre llevaba en coche a clase. El colegio Virgen de la Sagrada Capilla estaba en el meollo del casco antiguo. ¿Ventajas de ir a cuatro ruedas? Pocas. No se podía aparcar y las calles eran tan estrechas que había que rezar a la santa que daba nombre a la escuela para no romper los espejos de los automóviles aparcados. Iban tarde y más deprisa de lo permitido.

—Hija, ¿qué hay hoy en el comedor? —la madre quiso entablar conversación.

Pero no obtuvo respuesta. La niña miraba absorta a un individuo moreno y larguirucho, de mediana edad, que estaba en la calle. A primera vista, parecía llevar un abrigo de visón con vida propia, pero al tercer segundo que se le observaba uno se daba cuenta de que estaba lleno de gatos de la cabeza a los pies. Otros pululaban a su alrededor. Entre los animales podía adivinarse una túnica ruda y azulada adherida a su esquelética figura. Su nariz estaba torcida y su cráneo lo coronaba un turbante añil.

—Clara, hija. ¿Estás... —la madre se volvió para mirarla.

En ese momento un golpe sordo sonó en la parte delantera del coche. El vehículo se estremeció. La madre se golpeó la cara con el cabecero de su asiento y la niña sólo evitó caerse gracias a los cinturones de la sillita en la que sus ocho años de edad le obligaban a sentarse en los viajes. El hombre del turbante estaba agachándose con las manos en la cabeza hacia un bulto peludo negro que yacía sobre el asfalto.

La madre se recompuso y abrió la puerta del coche. Iba a salir de él cuando el hombre apareció en la ventanilla. Su cara parecía tener ahora ochenta años.

—¡Putas! —dijo—. Mira lo que has hecho.

Su mano derecha se elevó mostrando lo que antes había sido un gato azabache y lo estampó fuertemente contra la luna de la ventana, fragmentándola. La tripa del animal estaba reventada y la sangre salía de ella resbalando por el cristal. Unas gotas se colaron a través de la rotura estrellada.

La madre chilló e intentó cerrar la puerta con todas sus fuerzas, olvidándose de que tenía la pierna sacada. Se estrujó el tobillo izquierdo y lanzó un aullido de dolor. Mientras, el ser del turbante coló su cabeza y el brazo que sostenía al minino descuajaringado por la portezuela, mostrándoselo a la pequeña. A pesar del chorreo de fluidos de las entrañas del animal, Clarita sólo pudo fijarse en el ojo verde, el derecho, que gobernaba en su cara. El gato era tuerto.

—¡Déjenos, por Dios! —gritó la madre.

De un empujón logró expulsar al intruso del coche. Al salir despedido, se dio con la frente en la esquina de la puerta, abriéndose una herida.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó mientras se masajeaba el tobillo magullado.

Clarita asintió en silencio. Su madre sonrió para tranquilizarla. Fuera, el hombre lanzaba improperios que quedaban amortiguados a medida que se alejaban con el coche marchando a trompicones. Pisar el embrague no era fácil con el pie herido.

MIÉRCOLES, 14 DE OCTUBRE

Clarita salía del Virgen de la Sagrada Capilla con la mochila colgando de una mano y arrastrando los pies. Esa tarde tenía que volverse sola a casa porque su madre tenía que hacer horas extra en la inmobiliaria. Su padre... Bueno, a su padre no le conocía. Su madre hacía un par de años la había considerado lo suficientemente mayor como para saber que las había abandonado al poco de nacer ella, desentendiéndose por completo.

En esto iba pensando cuando al pasar por un callejón vio un gato de negro pelaje escarbando en un cubo de basura volcado en el suelo. Un extraño sentimiento maternal y de culpa la llevó a acercarse al felino. Su madre le había instado severamente a no hablar con desconocidos en el camino, pero no había dicho nada sobre jugar con gatitos.

—Hola —saludó la niña—. ¿Cómo te llamas?

El animal ni se inmutó y se dispuso a bucear dentro de una lata de atún oxidada.

—Mishifú —insistió la niña—. Te llamaré Mishifú. Ven conmigo.

Clarita tiró del rabo del gato para atraerlo y éste soltó un bufido. El pelo se le erizó y se giró. Era un gato tuerto cuyo único ojo, que brillaba verde, era el derecho. Al mirar a la niña, se amansó como por arte de magia y fue a enroscarse entre sus botas. Estaba estupefacta, pues le recordaba enormemente al protagonista de un cuento de cierto escritor estadounidense que había leído en versión abreviada.

La lástima por el ojo perdido la invadía. Lo cogió pensando que no era posible tal suerte. Cuidaría al animal para compensar el daño que había hecho su madre el día anterior y quizá, si algún día volvía a ver al hombre flaco y largo del turbante, dárselo. Se pondría contento. Seguro. Sin embargo, lo tendría que mantener escondido, pues algo le decía que a su madre no le haría especial gracia.

Así pues, Clarita marchó contenta con el gatito acurrucado entre sus brazos.

SÁBADO, 17 DE OCTUBRE

Varios carteles de los Jonas Brothers, el grupo preadolescente del momento, colgaban de las paredes rosas del dormitorio de Clarita. Su madre había salido a darse un descanso con las amigas. Había prometido volver pronto, pero ya eran las once de la noche y todavía no había regresado. Las compañeras de clase de Clarita habían quedado aquella tarde en el parque, pero ella no fue; ya era solitaria de por sí y ahora además tenía un nuevo amigo al que cuidar. Sacó a Mishifú de su escondrijo entre las macetas del balcón. Con él sentía como un vínculo especial. Se portaba fenomenal. No saltaba a la calle. Además, cuando la madre de la niña entraba en el piso, se ocultaba rápido. Demasiado rápido. Sin que nadie se lo ordenase. Pero a Clarita le venía bien.

DOMINGO, 18 DE OCTUBRE

Clarita estaba merendando en su cuarto. Su madre se había quedado dormida en el salón viendo el telefilme de sobremesa. La niña untaba paté de atún en tostadas y se las comía. Mishifú la observaba atentamente mientras se relamía. Cuando la tarrina estaba casi terminada, el gato tuerto introdujo su cabeza y lamió los restos. A la pequeña le hizo gracia y, cuando el minino terminó, metió ella la nariz y la boca en el bote para chupar también lo que quedase. Al acabó, vio que el animal la miraba fijamente. Le gustó la expresión y empezó a reírse, primero bajito, después a carcajada limpia. ¡Cuánto se rió Clarita aquella tarde! ¡Cuánto iba a divertirse con su inesperada mascota!

MARTES, 20 DE OCTUBRE

El vapor humeaba en la bañera en la que Clarita se estaba frotando los brazos. Estaba empezando a tararear cuando se dio cuenta de lo sabrosa que parecía el agua de ese gran recipiente en el que estaba metida. Hasta entonces no se había percatado de lo sedienta que estaba. Era una sed que parecía tener origen en el fondo mismo de su garganta.

Lentamente, con la mirada fija, fue acercando los labios entreabiertos al líquido transparente vetado de espuma blanca. La punta de la lengua ya estaba enroscándose recogiendo agua cuando notó algo al otro lado de la cortina de la bañera. Mishifú la estaba observando desde el inodoro. Podía ver su sombra a través de la cortina translúcida de la bañera. Se dispuso a abrirla.

—Oye, Mishifú, ¿qué ha...?

Apenas había terminado de correr la tela cuando el gato se lanzó a su cara con un maullido estridente. La niña se echó para atrás para esquivarle y se golpeó la cabeza con el borde de la bañera. Inconsciente, poco a poco se fue hundiendo en el agua con la boca abierta y la lengua fuera. Ahora sí que estaba saciando sus ansias de beber.

MIÉRCOLES, 21 DE OCTUBRE

—Clara, hija mía. La verdad es que no gano para preocupaciones. Ayer te pillo medio ahogándote en la bañera y hoy vienes con la leche de la vista.

La madre de la criatura había recibido una llamada del director del Virgen de la Sagrada Capilla avisándola de que su hija llevaba alrededor de una semana llevando los deberes sin hacer alegando que no veía bien lo que estaba escrito en los cuadernos. El director quiso hacerse el comprensivo explicándole despacio que entendía el problema de que el trabajo le absorbiese tanto tiempo y no pudiese dedicar más a la niña; también le habló de las familias en las que no hay un hombre que ponga orden en la casa.

—Váyase usted a la mierda —le espetó la madre con el mismo tono paciente.

Después colgó y se puso la mano en la frente, cansada. Miró a la niña y la abrazó mesando su dorada melena. A Clarita le daba pena ver sufrir a su madre, pero aunque le hubiera atacado en el baño, no podía contar nada sobre Mishifú. Ya no.

VIERNES, 23 DE OCTUBRE

Las luces del salón ya llevaban apagadas desde las doce de la noche. Era algo normal en un hogar en el que la cabeza de familia tenía que trabajar la mañana del sábado siguiente. Sin embargo, unos reflejos intermitentes, con vagos colores que cambiaban muy rápido, iluminaban la estancia.

Clarita estaba sentada en el suelo, despatarrada, con la boca semiabierta, los ojos entrecerrados y la cabeza dirigida hacia la televisión, aunque sin ver nada en concreto; tenía la mirada perdida, hipnotizada. El gato del ojo verde estaba detrás de ella, observándola desde la altura del sillón. Su pata derecha tenía pulsado el botón del mando a distancia del televisor con el que se pasa de un canal a otro. En el aparato, las imágenes se sucedían sin descanso, a tal velocidad que ni siquiera daba tiempo a comprender qué programas eran o quiénes salían. El volumen estaba a cero.

Si la madre de Clarita se hubiese despertado en aquel momento, hubiera aumentado su preocupación sobre el extraño comportamiento de la niña. Si alguna de las noches anteriores se hubiera levantado de la cama a orinar o a comerse frugalmente un yogur, se habría asustado con la misma escena. Sólo que ese viernes era especial: Clarita se agachó hacia un cuenco de agua que había a su lado. El gato permanecía inmóvil tras ella, con el botón presionado. La niña mojó la lengua y tragó. Así se hacía.

LUNES, 26 DE OCTUBRE

Clarita se despertó sobresaltada en su cama. Había notado algo raro en la boca. Pelo. Seguro que era de Mishifú, pensó. Debería empezar a tener mano dura con su amiguito, pues no podía pasearse por encima de su cara y deshacerse allí de la pelambreira que le sobraba. Con quejidos de asco se quitó todo el pelo que le quedaba en el paladar. Al mirarlo a la tenue luz de la luna, vio que eran cabellos largos y le pareció que no eran negros, sino bastante más claros. Concluyó que sería efecto de la luz mortecina. Mañana limpiaría bien la habitación para que su madre no apreciase ningún rastro de pelo.

MIÉRCOLES, 28 DE OCTUBRE

Mujeronas esotéricas, películas pornográficas, imágenes grises distorsionadas. Todo eso pasaba por el televisor ante la mirada vacía de entendimiento de Clarita. Detrás de ella, el minino negro tenía de nuevo la pata derecha tensa, pulsando el mando. El torbellino incoherente de formas y colores sin sonido se reflejaba en los ojos semiabiertos de la pequeña. El tenue zumbido del receptor ondeaba por el salón y penetraba en sus oídos.

También era un día especial, de adiestramiento. Clarita se levantó como una autómatas del suelo y fue a la cocina seguida de Mishifú. Una vez allí, destapó el cubo de la basura. El gato, que saltó desde el borde, quedó cubierto por los desperdicios. Cuando salió mordía las raspas malolientes del pescado de esa noche. Clarita lo miró y se inclinó despacio hacia el cubo. Frunció la nariz, pero enterró la cara y salió con el premio: media rodaja de tomate sujeta por los dientes. Se le cayó al sonreír a Mishifú.

VIERNES, 30 DE OCTUBRE

—No te preocupes, cariño. Nadie se va a reír de ti.

Madre e hija estaban en la consulta del oftalmólogo, siguiendo las recomendaciones del Virgen de la Sagrada Capilla. A Clarita le diagnosticaron que tenía el ojo derecho vago. Para solucionarlo, le taparon el izquierdo con un parche. Así, se forzaría a ver sólo por el diestro.

SÁBADO, 31 DE OCTUBRE

Un ruidito despertó a Clarita. ¿Sería Mishifú, jugando a estas horas de la madrugada? Se levantó de la cama y, descalza, caminó hacia el balcón. En el ojo izquierdo llevaba el parche. Parecía haberse obsesionado por su salud ocular y no se lo quitaba nunca.

Abrió el balcón y salió. Vio a Mishifú tumbado sobre el suelo, entre las macetas; él no originaba los ruidos. Una piedrecita (¡eso era!) golpeó a la niña; la habían tirado desde abajo. Cuando se asomó, vio al hombre moreno de la túnica gastada y el turbante azul, que en ese momento volvía a parecer de mediana edad. Una maraña de gatos se arremolinaban a su alrededor. Ninguno era negro, ninguno era tuerto. Era el momento de devolverle el animal a quien le correspondía de pleno derecho.

La niña fue a coger a Mishifú. Pero al darle la vuelta, un hedor pestilente emanó de él. Su tripa estaba abierta y llena de viscosidades rosas y marrones. Algún que otro gusano se cobijaba en las orejas de un gato que parecía llevar muerto más de dos semanas. Clarita retrocedió asustada. Y comprendió.

Volvió a mirar hacia abajo y allí estaba el ser, con su herida en la frente, su flaca altura y sus huesudos brazos apremiándola. La niña subió a la barandilla del balcón y se tiró. Aun extremadamente desgarrado, el hombre, o lo que fuera, la cogió en su caída sin ningún problema.

Al tener a la pequeña en sus manos, la acurrucó contra su pecho. La olisqueó. El hombre abrió la boca mostrando unos dientes amarillentos y sacó una lengua larga, áspera y ennegrecida. Lamió a la niña desde el cuello hasta el nacimiento de su cabello, que, quizá por efecto de la luz, ahora se asemejaba al color del carbón. Clarita emitió algo parecido a un ronroneo. Su único ojo funcional, aunque no era verde, relucía contento de estar con el amo.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

3er Premio:

Patrocinado por Aira Soluciones

“La luna bajo el agua”

Javier Sales Melgarejo

Pseudónimo: Moonwatcher

200 AÑOS DE MISTERIO

Desde hace casi un mes paso las tardes tumbado en la cocina. Noto

un peso que me aplasta contra el suelo y me impide cualquier actividad. Solo cuando el sol ya se está ocultando, consigo incorporarme y de pie, allí en medio, observo la huella que mi cuerpo ha dejado sobre los azulejos, evaporándose.

Apenas salgo de casa. Me limito a dar algún paseo solitario por el jardín, para confirmar que la piscina sigue llenándose de hojas y ranas. Pero procuro no acercarme demasiado.

En ocasiones lanzo un palo y luego me voy a por él.

La mañana del domingo pasado me encontré con la cabeza del vecino asomando por encima del seto que divide nuestras casas. El tipo sonrió y mostró sus tijeras de podar, luego me preguntó por Celia y añadió un comentario jocoso acerca del estado de nuestra piscina. Yo le respondí con un brillante y largo discurso acerca de la importancia de algunos ecosistemas.

Eso es lo más divertido que me ha pasado últimamente.

En todo este tiempo no he conseguido hacer música. Ni una sola nota. Mi flauta sigue esperando en un rincón de la habitación, apoyada contra la pared, formando un triángulo con su sombra.

De noche las cosas no mejoran. No me resulta fácil conciliar el sueño. Intento leer algo para distraerme, alguna historia acorde con mi estado de ánimo, casi siempre de Edgar Allan Poe. Pero cuando me vence el sopor y cierro los ojos, con el libro aún abierto sobre mi pecho, me hundo en extrañas pesadillas.

Esta noche he soñado con un desierto sin estrellas, tan oscuro que el espacio solo se intuía con la imaginación. Allí el silencio era imponente. Grité con todas mis fuerzas, pero no pude escuchar mi propia voz.

Al despertarme, la cama parecía tan grande como un campo de tenis. O tal vez yo era muy pequeño.

Sin embargo, en este momento ya me encuentro mejor. Tal vez sea porque la luna llena asoma por la ventana del dormitorio y está radiante y envuelta en un halo de santidad que me devuelve el optimismo. Sopla una brisa ligera que mece las cortinas de hilo, acariciándome la cara con el aroma de las flores del jardín. Celia odiaba dormir con la ventana abierta, pero a mí me encanta. Me gusta que el aire limpie cada rincón de la casa.

Debo aprovechar este momento. Me levanto y voy al aseo.

No disfruto para nada mirándome en el espejo. El aspecto que tiene ese hombre del otro lado no me hace demasiada justicia. Me afeito, me aplico una crema hidratante y me enjuago la boca.

Después bajo a la cocina. Me preparo un cóctel de frutas con un par de cápsulas de ginseng y una ampolla de jalea real. Aprovecho para deshacerme de todas las latas de Coca-Cola que Celia había dejado en la nevera. Las vacío en su acuario. Mientras la nube marrón se extiende por el agua y se forman burbujitas en la superficie, los peces no paran de mover los labios. Quizás a esos pequeños seres sumergidos también les guste la Coca-Cola.

Tras esta acción purificante, me lavo la cara y me enjuago la boca. Entro al salón, lo hago sin encender la luz, respetando el pálido brillo que entra por las cristaleras. Hago cinco series de cien abdominales sobre la alfombra afgana y me cuesta terminar la última serie. He descuidado mi físico durante este mes, pero ahora las cosas van a cambiar. Voy a volver a ponerme en forma.

Así pues, me calzo mis deportivas de footing y salgo de casa dispuesto a recorrer las rectas avenidas de la urbanización. Soy consciente de que, aparte de las zapatillas, no llevo puesto nada más.

Es agradable correr desnudo. Correr mientras los demás están dormidos. Percibir la mirada atenta de esos enanos de piedra que habitan sobre las puertas de los chalets. Sentir la admiración de los gatos negros que merodean entre los contenedores de basura. Para todos ellos soy un Dios con alas en los talones.

Mis pasos son firmes, inyectores de ánimo. Estoy renaciendo y esta palabra se acopla en mi cerebro. Mantengo un ritmo acelerado y en cada zancada pronuncio una sílaba, re-na-cien-do... como un metrónomo, re-na-cien-do..., re-na-cien-do... Me veo a mí mismo corriendo constante, acompasado. Me contemplo desde el aire, desde cincuenta metros de altura, re-na-cien-do..., como un punto de luz en movimiento. Me desplazo por la cuadrícula de casas y calles. Casas dormidas. Casas pretenciosas, de gente mediocre. Barbacoas de fin de semana con televisor en el jardín. Flotadores y pelotas de goma desinfladas. Piscinas limpias, sin hojas, sin ranas...

– ¿Me traes una Coca-Cola?– dijo Celia mientras veía la televisión en el porche, tumbada en una hamaca. La televisión, a pleno volumen, emitía insoportables risas enlatadas.

Yo estaba en el salón, intentaba tocar la sonata en Mi Mayor de Bach para flauta. Es una pieza difícil que estaba intentando aprenderme y con semejante escándalo no conseguía concentrarme en la partitura. Bach y risas enlatadas.

Le llevé la maldita Coca-Cola.

– ¿Cuándo vas a limpiar la piscina?– dijo después.

La miré fijamente sin esforzarme en contestar, ¿para qué? Celia llevaba puestas unas mallas de gimnasia y un camisón de dormir. La tela del camisón se transparentaba y últimamente sus pechos de seis mil euros ya me parecían demasiado obscenos.

– ¿Cuándo vas a limpiar la piscina?– repitió.

Era la quinta vez en ese día que mencionaba lo de la piscina.

Volví al salón para seguir con la flauta. Justo cuando me sentaba de nuevo ante el atril, comenzó a sonar su móvil. Tardé en encontrarlo, estaba tirado en el suelo. No contesté, tan solo descolgué el teléfono y escuché la voz de un tipo diciendo:

– ¿Celia?... Celia... ¿Eres tú?

Esperé un rato y entonces dije:

– Soy su marido, ¿y usted quién es?

El otro no dijo más, se quedó un rato en silencio y luego colgó. Las risas enlatadas estallaron en el porche.

Entonces me fui hasta donde estaba Celia y arranqué de un tirón seco el cable de la jodida televisión.

Aquella noche también había luna llena. Después se levantó un fuerte viento.

He estado corriendo un buen rato. Luego he vuelto a casa y me he metido en la ducha para limpiarme el sudor y los recuerdos. Mientras me enjabonaba, he estado mirándome en el espejo y bueno... me gusta ese cuerpo. Tengo el pene grande.

Me aplico una crema hidratante en la cara, me enjuago la boca y me afeito las cejas.

A continuación voy a la habitación y agarro la flauta. Desde la ventana se accede fácilmente al tejado. Salgo y me siento allí fuera, junto a la torre de la chimenea.

Veintiocho días sin hacer música es demasiado tiempo. Esta noche sé que puedo dar lo mejor de mí mismo, ya ni siquiera me hace falta la partitura. Inspiro aire profundamente y comienzo a ejecutar el adagio de la sonata en Mi Mayor. Las notas fluyen desde mis labios, impulsadas por el diafragma. Notas sostenidas, redondas, blancas... Melodías a la luna.

Las ranas se unen a la música y comienzan a marcar el ritmo, allí abajo, en el jardín. Una de ellas salta a la piscina abriendo un espacio entre las hojas, provocando ondas concéntricas sobre la superficie. La luna reflejada en el agua comienza a bailar, hasta transformarse en un montón de líneas de luz que se encogen y se ensanchan.

Dejo de tocar y me quedo absorto, mirando esa danza amorfa y brillante que poco a poco, cuando el agua se calma, vuelve a recomponerse en un círculo lunar.

Pero entonces ocurre algo terrible: una oscura nube cubre por completo la luna. Se ha levantado un aire frío. Las ranas callan, el silencio es insoportable. Todo está muy oscuro.

Grito algo, pero no escucho mi voz. Es la misma sensación que tengo en los sueños. Pero esta vez estoy despierto porque se me eriza la piel y tiemblo, porque vuelvo a sentir una carga invisible sobre mi pecho, porque si me golpeo con la flauta en la espinilla, me duele.

Estoy despierto y veo claramente como emerge desde el fondo de la piscina la cara de Celia. Una cara redonda y blanca como si tuviera luz propia. Una cara que ya no tiene ojos y lleva la boca abierta para que aniden dentro las criaturas de la piscina. El pelo largo rodea su rostro como un halo siniestro, como la cola desplegada de un pavo real y su cuerpo neumático sigue cubierto con el camión, flotando ingravido entre las hojas.

Estoy sentado, estoy paralizado, impotente. Estoy esperando a que esa especie de muñeca hinchable del demonio, salga del agua y comience a flotar en el aire.

Entonces la flauta se reblandece y se escapa de mis manos y después de transformarse en una serpiente, huye reptando entre las tejas.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista:

Patrocinado por Editorial Everest y
Obra Social Caja Madrid

“Sangre sobre lienzo”
Ángel Utrillas

Pseudónimo: Velázquez

200 AÑOS
DE MISTERIO

La idea es buena, querida, pero falta realismo. Nosotros pertenecemos

a la escuela sevillana, los contornos deben ser precisos, pinceladas suaves, no opacas, la búsqueda de la luz es el objetivo primordial, nuestras obras son retazos de vida, momentos de la historia detenidos en un lienzo para la posteridad, tus pigmentos deben marcar diferencias cromáticas y resaltar los detalles, falta realismo al cuadro-. El maestro despotricaba sin parar mientras atusaba con los dedos pulgar e índice de su diestra, su afilado bigote, su alumna aventajada, decepcionada una vez más, rozaba con los dedos pulgar e índice de su siniestra el afilado extremo del pincel, entre tanto pensaba en absoluto silencio intentando dominar su creciente indignación, su impulso de ira, su rabia... su odio.

_ Estoy harta, siempre críticas, se comporta igual como amante que como artista, nunca está satisfecho, viejo pintor cascarrabias, protegido de reyes y validos-. Apretaba los dientes y se mordía la lengua, había diseñado una obra casi perfecta y el maestro no encontraba en ella más que defectos.

_ Realismo, Jerónima, realismo, ésa es la clave de nuestra pintura. Esta sangre es irreal, la sangre sobre la nieve es más roja-. Fueron las últimas palabras del maestro.

De repente el pincel en la mano de Jerónima se trocó daga, dibujó una violenta parábola y se clavó en el pecho del maestro, muy cerca de la cruz de Santiago que lo identificaba como miembro de la orden. La sangre del pintor salpicó de realismo, silencio y muerte el escenario, malvas de sangre cierta impregnaron el lienzo.

El miedo sustituyó a la ira y la joven alumna del taller de pintura empezó a temblar.

_ Maestro, levantaos por favor, perdonad mi arrebató.

Todo esfuerzo era inútil, todo arrepentimiento era baldío, el maestro, el pintor del rey, su amante, había muerto y ella era la culpable, la asesina.

Se desvaneció, cayó a los pies del cuadro recién terminado, entre los tres pies de su caballete y el cuerpo del genial pintor. Si hubiese mediado tormenta hubiera podido decirse que un rayo había fulminado a los dos personajes, ella parecía muerta y el maestro en verdad lo estaba.

Cuando Juan de Pareja entró en el discreto estudio del pequeño taller chocó contra la escena. Dos cuerpos yertos en el piso, sangre cuya viscosidad impregnaba el blanco suelo de la habitación y el lienzo, apenas concluido, en el centro de la composición. Y parecía un espejo de plata más que una pintura, pues reflejaba, como si de modelo hubieran servido, lo que en el suelo de la habitación había, dos cuerpos esparrancados en incómoda posición, sangre granate sobre blanca superficie.

Se acercó Juan al lienzo antes de tratar de auxiliar a los heridos, observó que era genial, digno de un maestro y por añadidura carecía de firma... por el momento.

Se arrodilló junto a su maestro y señor, comprobó con manos expertas que su vida se había extinguido, después se postró junto a la joven y bella alumna, puso su rostro sobre el pecho tibio de la aprendiz de pintor...

_ Muerta, está muerta también y no parece tener herida ni agresión externa alguna-. Dijo Juan Pareja en un murmullo hablando para sí mismo.

_ No estoy muerta, palurdo, ayúdame a incorporarme de una vez, no ves que me he golpeado contra el suelo y no puedo moverme-. Trataba de hablar y no conseguía que su garganta emitiera sonido alguno, ¿qué estaba pasando?

_ ¿Qué está pasando aquí?-. Se preguntó en voz alta de nuevo el ayudante del pintor-. ¿Acaso ella ha matado a don Diego y luego ha fallecido por causa natural? ¿Quizá él, al descubrir el cuerpo yerto de su amante, se ha suicidado clavándose el pincel? ¿Ha sido un accidente, habrá caído él sobre el pincel causándose la muerte y ella ha perecido de dolor?

_ Lamento defraudarte Juan Pareja pero yo estoy viva, ¿por qué no me oyes?

_ Sí, esa será mi versión, un accidente y ella que muere de amor, que bonito final, la última pincelada de un genio-. Tomó el pincel con intención de colocarlo en la situación apropiada para que encajara en el rompecabezas que había diseñado y sin embargo antes de esa acción realizó otra, se acercó al lienzo armado con el pincel recién terminado y estampó en el ángulo inferior izquierdo su rúbrica-. Y la primera pincelada de otro artista.

_ ¡Maldito usurpador! ¿Pero qué haces firmando mi obra en mis propias narices?-. La pregunta formulada y no escuchada le dio una respuesta alarmante. No podía oírla, nadie la oíría, la creían muerta.

Un angustioso nudo se instaló en su estómago, lo había escuchado a algunos bufones y trovadores chismosos, mas nunca lo había creído posible. Decían que había un estado del cuerpo similar a la muerte, consistía en un accidente nervioso de índole histérica, un achaque que sobrevinía de forma repentina y suspendía la actividad corporal. Quien tenía la desdicha de padecer este extraño síndrome, corría serio riesgo de ser enterrado en vida.

_ Enterrada en vida, noooooo, Juan escúchame, te regalo mi lienzo, es tuyo, tuyo para siempre pero por el amor de Dios...

_ Bueno ya está, ahora yo soy el pintor de este cuadro, el maestro ha muerto tras una desgraciada caída, y su amante alumna, que nadie sabe, ni sabrá, que ambas cosas fue en vida, murió por el dolor de su pérdida.

_ Maldito seas por siempre Juan Pareja, ayúdame, estoy viva.

Cuando salió del taller creyó percibir un movimiento en la mano del cuerpo de la joven, corrió de nuevo a postrarse a su lado, de nuevo su rostro se hundió en su pecho.

_ Menos mal que te has dado cuenta de que sigo perteneciendo a este mundo-. Adujo ligeramente aliviada.

_ No, no respira aunque su pecho todavía está caliente-, dijo rozando con sus dedos la nivea piel de la alumna con un ápice de deseo-, es una pena que desaparezca tanta belleza.

_ Por favor Juan, ayúdame...- trató de llorar mientras Juan de Pareja abandonaba el cuarto pero las lágrimas no salían de sus párpados al igual que las palabras no salían de sus labios...- estoy viva...

Unos días después los dos cuerpos fueron enterrados. En un féretro, el más grande pintor que ha vivido, reposando sus manos tintadas sobre su pecho horadado por un pincel, en el otro túmulo, uñas vivas impregnadas de barnices y tizas arañaban la madera en un vano intento de continuar con vida. Una voz angustiada y angustiosa, y sin embargo ya resignada a su suerte, pronunció una amenaza a modo de maldición.

_ Mi cuerpo vivo, queda prisionero para siempre en esta tumba, mi alma muerta, vagará por años de misterio persiguiendo a un usurpador de lienzos.

Años de misterio transcurrieron, en efecto, algunos lugareños juraron oír voces de mujer cercanas al camposanto, pero las leyendas no detuvieron al mundo y transcurrió inexorable el tiempo, tanto es así que siglos después...

Siglos después, Marta, una preciosa guía del Museo del Prado enfundada en su uniforme azul marino se detuvo junto a un lienzo que reflejaba la muerte violenta, sobre la fría nieve, de dos amantes ardientes, y explicó al grupo de visitantes.

_ Este cuadro es del discípulo aventajado, parece de Velázquez y sin embargo no lo es, vean la firma, se trata de una de las primeras obras de Juan de Pareja, quien fue su esclavo, su sirviente y posteriormente su alumno.

_ Eso es incorrecto señorita-, dijo una mujer joven que se había mezclado con el grupo-, ese lienzo es obra de una mujer, Jerónima Guzmán, la única alumna del maestro y su amante por añadidura.

Marta quedó un tanto confundida por aquella misteriosa dama, parecía que se había caído del cuadro, envuelta en una pátina misteriosa, cual fantasma de épocas remotas, su aspecto era idéntico al de la protagonista de la obra pictórica que estaba explicando, vestido negro de generoso escote, ribete de encajes blancos, cabello moreno recogido en un rodete culminando en una diadema roja, discreto collar de tela blanca alrededor de la tersa piel del cuello...

_ Disculpe señora...

_ Señorita, señorita Jerónima Guzmán.

_ ¡Ah ya comprendo! ¿Entonces es usted la autora del cuadro?- Risas de fondo sucedieron a las palabras de la guía que dio por terminada la discusión y siguió explicando-. Observen el realismo del cuadro, la sangre sobre la nieve parece verdadera, todos los expertos del mundo del arte coinciden en comentar la fuerza de las manchas de sangre, parece de verdad sangre humana derramada en el lienzo.

Concluida la contemplación de la primera obra pictórica de Juan de Pareja, el grupo siguió la visita al museo mientras la misteriosa dama permanecía inmóvil frente al lienzo.

_ Claro que parece real, como que se trata de la sangre de Diego que salpicó el cuadro cuando le clavé el pincel en el pecho-. Afirmó en un susurro la extraña mujer.

_ ¿No viene con nosotros Jerónima?- Interrogó Marta.

_ No gracias, me quedo un rato más junto a la obra que me arrebataron justo antes de enterrarme con vida.

_ Vaya-, sonrió Marta al grupo con su encantadora belleza-, de pintora de cuadros en el siglo XVII ha pasado a creerse protagonista de un episodio de catalepsia propio de una novela de Edgar Allan Poe.

La mujer dentro de su halo espectral y misterioso hurgó con dedos temblorosos en su faltriquera; barniz y tiza en sus manos y de repente, entre los dedos pulgar e índice de su siniestra, apareció un pincel que en su día tornose daga y que debido a ello tenía tintes de tonos violáceos en su anverso.

_ Cuando los expertos del mundo del arte encuentren este objeto comprenderán la verdad-. Dijo dejando caer descuidadamente el pincel al suelo y dirigiéndose ya hacia la salida del museo. Apenas había dado tres o cuatro pasos cuando se volvió a mirar su único lienzo y susurró:

Y por cierto, no debí enfadarme tanto con el maestro, en el fondo Diego tenía razón, falta realismo al cuadro, ahora la sangre está perfecta, no obstante la nieve, bajo la sangre de Velázquez debería ser más blanca.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista:

Patrocinado por Editorial Everest y
Obra Social Caja Madrid

“Contacto”
Ándrés Almagro

Pseudónimo: Oliveira

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

Los trenes a esas horas son así, apenas un espacio precario limitado por

piernas y bultos, la señora que salió tarde del trabajo y ahora se apresura a tomar sitio, el hombre con las manos blanqueadas por la pintura que mira soñoliento las páginas de un diario, la mujer rubia de tacón alto que se mantiene erguida mientras su mano enguantada se pasea por el pasamanos del vagón. Todo parece estar concebido bajo un orden antiguo: la orquestada participación de los bostezos, los ojos cerrados del cansancio, el lento transcurrir del paisaje urbano en jirones por los cristales tintados. Movido por la costumbre, me dispuse a atravesar el pasillo del vagón como si se tratara de la estrecha sala de un museo, contemplando caras como estatuas, ropas como lienzos, examinando fugazmente sus rarezas apreciables.

Fue entonces cuando lo vi. Estaba parado en una esquina, atrapado entre la puerta y dos hombres corpulentos que vestían aún sus ropas de trabajo. A pesar de la estrechez lograba retener su cuerpo para no rozar a los otros. Llevaba un grueso abrigo de tergal, un aparatoso gorro y unos guantes de lana. A la segunda estación se quedó un asiento libre y pudo sentarse tranquilo, ya que a esa altura del trayecto el tren suele quedar medio vacío. Sostenía un libro entre sus guantes. Miré, como acostumbro, el título. “Mano”, de Guillermo Anguiano.

Creo que fue a partir de ese momento cuando empezó a interesarme de veras. Me senté junto a él a pesar de que en el vagón quedaban numerosos asientos libres. Tras una breve conversación, en la que intercambiamos algunas impresiones anodinas acerca del tiempo y del libro que estaba leyendo, me contó esta increíble historia, que reproduzco con la literalidad que me permite mi imperfecta memoria.

*

“Mis manos... ¿Cómo explicarlo? Al principio creí que todo se debía a una malformación pasajera, a algún trastorno asociado al estrés o a la fatiga. Me dediqué, en un primer momento, a consultar la bibliografía esencial para ese tipo de casos. El libro del que hablamos no me sirvió de mucho. Todo me era confuso, ya que nunca me había interesado por semejantes temas. A partir de las primeras lecturas supe ya distinguir a qué respondía la precisa geometría del sentido del tacto. Los corpúsculos de Meissner y de Pacini, los discos de Merkel, el músculo horripilador... Créame si le digo que todas las definiciones de este mundo encierran un infierno posible. Pero no quiero ser desordenado. Comenzaré por el principio.

Solíamos contárnoslos con el segundo café de la mañana. A Laura le gustaba ese juego porque era como un reencuentro, como recuperar el tiempo que habíamos perdido en el sueño. Tanto los suyos como los míos tendían a ser simples representaciones de lo vivido durante el día, con ligeras salvedades que derivaban en pesadillas. Por lo demás, nunca tuvimos demasiados sobresaltos al respecto. Tanto ella como yo éramos personas normales, y como tales asumíamos nuestras poco usuales rarezas. Un día Laura me contó que en su sueño nos perseguía un tigre por una selva repleta de manos

que colgaban de los árboles. En el último momento las manos nos atrapaban y el tigre se abalanzaba hacia nosotros, instante en el que Laura había abierto los ojos para evitar lo inevitable. Esa mañana, después del desayuno, nos fuimos tranquilos a la oficina y las pesadillas desaparecieron durante algunas semanas. Hasta el día en que, por la mañana, después del segundo café, le conté lo que esa noche había soñado. Me hallaba en una amplia sala de paredes blanqueadas. La claridad cegadora del sol en el poniente atravesaba la única ventana que había en la estancia. Yo me encontraba sentado en un incómodo asiento de madera sin respaldo. Mis manos estaban atadas a mi espalda, mi cuerpo cubierto por una túnica blanca de grosero lienzo. Frente a mí se hallaba un hombre vestido con una toga negra que leía con aire grave ciertos papeles que tenía en sus manos.

Tenía a ambos lados a dos hombres: uno de ellos parecía un escribiente, el otro un verdugo. Después de un tiempo que no sabía determinar el togado comenzó a hacerme preguntas.

Fue entonces cuando comprendí que me hallaba en un proceso judicial. Se me acusaba de haber robado unas gallinas y de haberlas vendido a un aldeano vecino. Negué la acusación varias veces ya que en mi sueño no recordaba haber hecho nada parecido. A mi tercera negativa el togado le hizo una seña al verdugo. El escribiente se dispuso a transcribir el interrogatorio. El suplicio comenzó cuando se encendieron las lámparas, al caer el sol, y no recuerdo exactamente cuánto duró. Lo que sí puedo asegurarle es que el tiempo se detuvo en mi pesadilla, y que lo que conscientes concebimos como una hora, como un minuto, como un segundo, quedó en suspenso esa noche. El verdugo comenzó golpeándome los dedos con una voluminosa maza de madera, después las uñas, después las manos enteras rompiéndome los huesos. Estiró mi cuerpo en el potro, tensó mis brazos y mis piernas dislocando algunas de sus articulaciones. El escribiente anotaba todos y cada uno de mis lamentos. A las pocas horas confesé el delito que no había cometido. El togado dictó sentencia. Desperté en el preciso instante en que mis manos me fueron arrancadas por un certero golpe de hacha del verdugo. Supe entonces que algo se había quebrado en mí, que el horror que contemplaba en los ojos de Laura era la prolongación misma del suplicio, como si la pesadilla no se hubiese diluido entre nosotros tras haberla contado. Nos fuimos a la oficina como si nada hubiera ocurrido, y durante algunas semanas todo pareció transcurrir con absoluta normalidad. Por las mañanas Laura me relataba sus sueños. Los míos no volvieron a manifestarse en imágenes. La primera vez ocurrió mientras ordenaba los informes que se acumulaban cada lunes encima de mi escritorio. Mi trabajo consistía en indexarlos siguiendo un rutinario sistema de clasificación consistente en anotar en un registro sus datos esenciales. La informatización no había llegado aún a los despachos ministeriales, de manera que debía cumplir mi cometido a mano. Ese día traté de anotar los datos en el registro, pero me fue completamente imposible. Había olvidado el nombre del utensilio que sirve para escribir y, en consecuencia, había olvidado también todo lo relativo a la escritura. Pese a tenerlo al alcance de la mano no me era posible tomarlo y hacer anotación alguna. No quiero abrumarle. Tan sólo le diré que mi desesperación fue en aquel momento infinitamente mayor que ahora su sorpresa.

No tardé en darme cuenta de que ese extraño suceso respondía a fuerzas para mí desconocidas. Durante algunos días traté de recordar los nombres posibles

de los utensilios de escritura que mi memoria recordaba. Hice un inventario mental de todas las cosas que sirven para escribir. Pronto comprendí que me encontraba en un callejón sin salida. En cuanto tocaba algún objeto para garrapatear cualquier cosa en un papel, en la arena o en las paredes, ese objeto perdía para mí su nombre y sus atributos. Mi alteración nerviosa impresionó de tal modo a Laura que me acompañó a visitar a algunos médicos amigos.

Incrédulos, tan sólo pudieron hacer diagnósticos relacionados con los trastornos nerviosos. Me recetaron calmantes y me dieron unas semanas de vacaciones, tras las cuales yo seguía en el mismo estado. Traté de reponerme realizando ejercicios mentales, reflexionando acerca de mi mal. Hasta que un día, en un raro arrebató de lucidez, logré averiguar su verdadera naturaleza.

Eran mis manos las que me hacían olvidar los objetos que tocaba. Al tocarlos olvidaba su nombre y, con éste, sus propiedades, sus funciones, su utilidad. Constaté entonces que las palabras no sólo definen el mundo sino que también lo crean a su manera. Comprendí que al darle nombre a los objetos damos también forma a su existencia. Todo lo que no es nombrado es invisible a nuestros ojos. Así comprobé que también otros utensilios comunes comenzaban a perder sus nombres, momento a partir del cual era incapaz de servirme de ellos. En pocos días terminé comiendo con las manos, caminando descalzo, saliendo desnudo a la calle, y todo ello por desconocer la existencia de objetos a los que no podía dar nombre alguno. Sabía que antes inhalaba humo en objetos cilíndricos y que miraba imágenes en cajas de plástico y cristal, y que esos pequeños gestos me reportaban cierto placer. Me obsesioné de tal modo que decidí no tocar nada, o hacerlo al menos con cierta protección. Cubrí mis manos con toda suerte de tejidos, y al menos logré, en un primer momento, mitigar sus funestas consecuencias.

En aquellos días Laura me contemplaba afligida. No estábamos preparados para afrontar mi enfermedad. Pronto decidió marcharse, no sin antes asegurarse de que podría vestirme y nutrirme solo. En realidad se lo agradecí, porque ya comenzaba a olvidarme de su nombre, y no habría tardado en borrarla por completo de mi memoria.

Perdí mi trabajo. Me despidieron indemnizándome por mis numerosos años de servicio, de modo que pude pasar todo mi tiempo pensando en lo que me ocurría y en sus posibles curaciones. Asistí a cursos de relajación, practiqué la acupuntura, incluso visité a un afamado prestidigitador que gozaba de cierta reputación en el campo de la hipnosis. Aparte de ciertos traumas que se remontaban a mi primera infancia, no logró aportar nada nuevo a lo que ya sabía. Era evidente que la naturaleza de mi enfermedad estaba ligada al momento de su origen. Y fue así como terminé por relacionarla con el sueño.

El verdugo me arrancó las manos, y con ellas, el sentido del tacto. Yo era en mi sueño un ladrón de gallinas al que en un tiempo indeterminado de un remoto pasado le sometían a un doloroso suplicio. Mis manos no pueden ahora darle un nombre táctil a las cosas, y es por esto por lo que me olvido del nombre y de la existencia de los objetos y de las personas que toco. Porque las manos que mutiló el verdugo no eran otras que las de mi memoria. Al amputarme las manos el verdugo redujo mi mundo a lo que es ahora: un universo de objetos sin nombre, una ciega cosmogonía sin palabras.

Pronto olvidaré hacer uso de la lectura. Ni tan siquiera este tejido que cubre mis manos, cuyo nombre desconozco, es capaz de ralentizar el avance del mal

en mi cuerpo. Le cuento todo esto para que usted lo cuente a otros. Escriba la historia que le he contado. Hágales saber a los que quieran escucharle lo que puede llegar a ocurrirles si carecen de la facultad de nombrar sus respectivos mundos. Dígales lo que ve en mí, reláteles los pormenores de mi locura. Al menos así sabré que también yo he existido, que alguien dará a las cosas los nombres que yo he perdido”.

*

Mientras nos dirigíamos al vestíbulo de la estación me hizo una última confesión. Esa misma tarde, cuando llegara a su casa, se quitaría los guantes y se tocaría la cara y el cuerpo. Sólo de ese modo atajaría de raíz el mal: olvidándose de sí mismo, perdiendo el último nombre que de alguna forma le ataba al mundo. Entonces sería la nada, un vacío absoluto, el retorno a esa inconsciencia primera del organismo que aún no reconoce su ser, el brusco ingreso en la esfera primitiva de los animales y las cosas. Nos despedimos con un fuerte apretón de manos. Lo vi perderse entre la multitud que a esas horas de la tarde colma las bocacalles que conducen a la estación.

Al llegar a mi apartamento me dispuse a hacer lo que le había prometido. He escrito esta historia sin la menor dilación porque de otro modo nadie la habría escrito. Ahora sé, mientras escribo, que tras ese apretón de manos algo en mí se ha quebrado. Siento cómo las cosas que toco quedan mutiladas en mi memoria. Pronto olvidaré hacer uso de este bolígrafo, de este papel, de esta mesa y de estas manos que van perdiendo todos sus nombres, todas las posibles formas en que los he sentido.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista:

Patrocinado por Editorial Everest y
Obra Social Caja Madrid

“El campanario”
Cristina Nieto

Pseudónimo: Manuel Jiménez

200 AÑOS
DE MISTERIO

M

I.- Marta leía durante horas y horas. Oscuras y enigmáticas

historias, relatos en los que la intriga y el misterio la hiciesen despegar hacia intensas emociones donde olvidar su vacía realidad.

Entre sus autores favoritos se encontraba Poe. Cuentos asombrosos e historias extraordinarias que alejaban su mente de la tediosa monotonía y la anodina convivencia con aquel hombre distante y frío en el que se había convertido su esposo.

En el pasado había llegado a plantearse el divorcio, pero desde hacía dos años Martín había cambiado, se mostraba más amable, y eso la había obligado a reconsiderar su postura. El golpe que Martín sufriera al caer desde el tejado, había tenido mucho que ver en aquel inexplicable cambio. En cierta forma había quedado algo desasistido, como una especie de niño grande, y a ella le daba lástima. Precisamente, hacía unos instantes, por ejemplo, Martín le acababa de hacer una infusión. Desde el comienzo de los fríos, tras la cena, sin decir nada, preparaba aquellas infusiones reconfortantes. Hoy se le había ido un poco la mano con el azúcar.

Marta se dirigió hacia la chimenea. -¿Dónde estará el maldito atizador?- susurró agachada, recolocando las brasas con el ineficiente palo. Había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. Martín no recordaba bien donde dejaba las cosas desde el accidente.

Tras la infusión, él volvió a poner uno de aquellos insoportables documentales y ella se aisló en la lectura. Pero aquella noche no podía fijar bien la mirada, el sueño desenfocaba las palabras.

Contemplando el chisporroteo de las ascuas y el baile de las llamas entre los gruesos leños de encina, su mano lánguida, vencida por Morfeo, reposó definitivamente, dejando el libro del escritor norteamericano entreabierto entre sus dedos.

II.- Martín Palomares tenía el ritmo cardíaco tan acelerado que podía sentirlo en sus sienes. A pesar de haber vivido en su mente miles de veces aquellos instantes, la frialdad de su carácter le había jugado una mala pasada abandonándole definitivamente. Sus manos temblaban sobre el volante.

Estacionó el Renault en el arcén, tan próximo a la barandilla que casi la rozó con el retrovisor derecho. Luego desconectó el motor y apagó las luces. En esta ocasión no encendió las de emergencia, como solía hacer cuando paraba en un sitio no autorizado.

El silencio que sobrevino tan sólo era roto por el fuerte viento que silbaba contra los contornos del automóvil.

Las escobillas habían dejado de barrer con su ritmo el gran cristal e inmediatamente la llovizna comenzó a acumularse. Pronto los contornos de la noche se volvieron imprecisos, distorsionados por miles de lupas acuosas que engordaban y resbalaban juguetonas sobre el tobogán del parabrisas.

Miró su reloj pulsando previamente el botoncillo que encendía en azul eléctrico la esfera nacarada. Las cuatro y cuarto de la madrugada.

Había ido hasta allí no menos de media docena de veces, a la misma hora. En todas había comprobado la inexistencia total de tráfico.

En la última de sus visitas al viaducto, sólo dos días atrás, la noche era serena, sin viento. Tras algunos minutos de silenciosa soledad, espera y observación, sacó el cañón de su escopeta de perdigones por la ventanilla y al segundo intento acertó con la bombilla de la farola bajo la que ahora se encontraba estacionado. Tal y como había previsto la anomalía aún no había sido subsanada.

Salió del vehículo. Allí afuera, sobre el altísimo viaducto que cruzaba el pantano, la noche era desahagible en extremo. Primero maldijo su suerte, subiéndolo malhumorado el cuello del abrigo, odiaba la lluvia y el frío. Siempre pensó que su fisiología estaba hecha para el calor del verano. Luego, sin embargo, cayó en la cuenta de que aquel tiempo de perros haría más improbable el que alguien se aventurase a salir de casa.

El fuerte viento racheado y extremadamente frío transportaba la desagradable llovizna hasta su rostro. Un semblante tenso y desencajado por los nervios y la incertidumbre.

El lugar y el momento habían sido cuidadosamente seleccionados con muchísima antelación.

En cuanto al paraje, desde la mitad del viaducto se dominaban más de dos kilómetros de la carretera en ambos sentidos, lo que hacía prácticamente imposible ser sorprendido durante la tarea que se disponía a llevar a cabo. Con respecto al momento, la ausencia de luz de luna y el que en invierno y a esas horas no hubiese lugar más solitario que aquél, habían sido las razones que motivaron la alevosa elección.

Oteó las dos direcciones de la calzada, no venía nadie.

El Renault mostraba la carrocería hundida en el eje trasero. Abrió el maletero, allí estaba.

El cuerpo de Marta era pesado, unos sesenta y cinco kilos a los que había que sumar los veinticinco de cada uno de los cuatro bloques de cemento que la acompañaban.

La contemplo. El rostro de su esposa conservaba el gesto sosegado, parecía dormida. No había sufrido. A pesar de todo, él no hubiese querido verla irse con la angustia del final reflejada en sus ojos.

La vivienda unifamiliar había aportado la impunidad necesaria. Los tres somníferos se disolvieron pronto en el humeante poleo. Marta lo bebió criticando el exceso de azúcar, para caer frita a los pocos minutos. Aún no habían dado las once de la noche.

Recogió el libro de entre sus dedos. Ella ni se percató. Antes de dejarlo junto al flexo, curioseó cual había sido su última lectura. Tres o cuatro páginas más atrás de la que había quedado abierta leyó: **"Los crímenes de la calle Morgue"**. No pudo evitar sonreír ante las casualidades de la vida.

Tras incorporarla, la acompañó semidormida y tambaleante hasta la cama donde la ayudó a desnudarse. A los diez minutos la manguera con la que Marta regaba los rosales del jardín y el pequeño huerto trasero quedó instalada, conectando el escape del Renault en el garaje con el cabecero de la cama en el dormitorio, donde quedó fijada con un buen trozo de cinta de embalar.

Comprobó que la ventana estuviese bien cerrada e hizo lo propio con la puerta de la habitación.

Sentado en aquella soledad recién estrenada, viendo uno de los documentales que su mujer tanto odiaba, escuchó durante interminables minutos el rumor del motor al ralentí que llegaba desde la escalera del garaje. El silencioso gas mortífero hizo su trabajo.

Inertes y desnudos, los restos de Marta habían sido macabramente preparados. Mientras el dormitorio se ventilaba con la ventana abierta de par en par, en el pequeño taller de bricolaje del sótano la broca de la taladradora de Martín perforaba el cuerpo de su esposa, tendido sobre el sumidero. No menos de veinte grandes orificios distribuidos entre el vientre, el tórax y la espalda. Los agujeros facilitarían la salida de los gases de la putrefacción. Se cercioró de que fuesen generosos rotando la taladradora en amplios círculos.

Al mirarla, le parecía imposible que no notase nada. Sus carnes, cálidas aún, temblaban bajo el efecto de la broca. Pero la expresión de Marta seguía siendo dulce y apacible.

Utilizó las aberturas recién hechas para traspasarla con la característica cuerda de nailon de color verde que se utiliza para tender la ropa. Se ayudó de una gran barra de hierro afilada. Había modificado artesanalmente en su taller el atizador de la chimenea dándole la forma de una gigantesca aguja en la que ensartó la cuerda. La muerta quedó literalmente cosida, taladrada y amarrada por más de seis metros de resistente sirga, que envolvían y atravesaban el paquete de blancas y fofas carnes.

Finalmente el penúltimo baño. Más de cinco litros de lejía y la manguera, ahora sí, llevando agua y más agua, limpiaron el cadáver y eliminaron cualquier rastro orgánico del suelo.

Un gran mantel de hule extendido en el maletero del coche fue la triste mortaja de la difunta.

III.- Cada uno de los cuatro lastres estaba unido al tétrico paquete por más de cuatro metros de la misma cuerda. La longitud era más que suficiente para permitir arrojar cada peso de forma independiente.

La gran profundidad del pantano en la perpendicular del centro del viaducto no hacía temer por la excesiva longitud de los tramos de sogas.

Antes de comenzar la tarea se asomó al embalse. Percibió algún tímido y lejano croar, a pesar del mal tiempo, y el canto de una lechuza rasgó el silencio de la noche. Por lo demás, el silbido del aire gélido componía la única banda sonora en aquella lóbrega película.

Había llegado el momento. Rápidamente tomó uno a uno los cuatro bloques y los fue descolgando cuidadosamente para no dañar la pintura gris oscura de la barandilla del viaducto. El peso de los bloques tensó las cuerdas que a su vez provocaron que la desdichada Marta quedara levitando sobre el maletero, retenida su descolorida desnudez contra el alto borde del habitáculo.

El resto fue fácil. Metió las manos entre las cuerdas y la carne ya fría. Tuvo que retenerla con fuerza para impedir que se precipitase incontroladamente al abismo.

En el rostro de Martín se dibujó un gesto de desagrado, su esposa emanaba aún un intenso hedor a lejía.

Al soltarla, el gran bulto se perdió de su vista en el negro de la noche tras golpear sonoramente con el tobillo el pasamano de la estructura. Después el

silencio. Cuatro segundos más tarde el apagado y lejano estruendo de la zambullida.

Se había asomado para verlo, pero la oscuridad era tan absoluta, que tan solo el ruido de la inmersión llegó como prueba del éxito de su empresa.

III.- -¡Gutiérrez no se mueva que le veo!-. Aquella frase era repetida en forma de chascarrillo por Antonio, su amigo y compañero de la Benemérita casi cada vez que se encontraban. Una especie de saludo que sonaba en los resignados oídos de Federico Gutiérrez desde la época en la que ambos cursaran conjuntamente los estudios en el Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro, donde adquirieron la condición de agentes del Cuerpo. El viejo Teniente profesor de Derecho Penal fue el que inventara aquella frase para corregir la incontinencia verbal durante las clases del joven alumno Gutiérrez.

Tas soltar la frasecita de nuevo, Antonio apoyó su hombro en el quicio de la puerta, con la gorra verde colgando oscilante del dedo índice que jugaba a balancearla y puso cara de interesante.

-Adivina quién ha venido a denunciar la desaparición de su esposa- al terminar se echó a reír.

-Martín Palomares. Otra vez. ¿Puedes creerlo? Ya es la tercera vez en dos años. Ese tipo está loco de atar. Esta vez jura y perjura que es cierto. Que esta mañana cuando se levantó vio que su mujer se había ido sin dejarle nota alguna. Y que desde que pusiera las otras denuncias, ella siempre le deja nota escrita de adonde va.

Se le ve preocupado. ¡Pobre hombre! Antonio se quedó esperando algún gesto de sorpresa en su amigo Guti, pero no lo hubo. En lugar de eso le ordenó casi con mal humor.

-¿Y a qué esperas? Ve a por el Sargento para hacer el atestado-.

Desde el día en que Martín tomó la decisión de asesinar a Marta, hacía dos años y medio, había comenzado a simular la pérdida de memoria como parte fundamental del proyecto.

Se documentó descubriendo que un golpe fuerte puede ser causa de amnesia. Así que ni corto ni perezoso simuló una caída desde gran altura. Dejó que la escalera de aluminio se desplomara junto con un saco de cemento sobre un pontón de cachivaches metálicos, para que su mujer oyese el estruendo. A continuación se tumbó junto al saco embadurnándose con el cemento esparcido. Simuló la pérdida de conocimiento más de una hora, hasta que la UBI móvil lo ingresó en el hospital.

Resultaba increíble que no tuviese nada roto. Había vuelto a nacer. Un verdadero milagro. Éstas, y otras similares, fueron las frases más repetidas durante aquellos días por vecinos y compañeros.

Luego continuó la farsa, fingiendo el olvido de multitud de detalles. Primero dijo no recordar quién era, ni donde vivía y cuando su representación llegó al momento de recobrar aquellos recuerdos, siguió sin embargo olvidando multitud de detalles. Algunos de ellos fueron tan importantes que le acarrearón bajas laborales de distinta duración. Finalmente, como último paso a seguir, guinda del macabro plan, había denunciado en dos ocasiones la desaparición de su esposa.

Aprovechando dos ausencias de Marta por un periodo prolongado de tiempo, Martín fue hasta la Casa Cuartel y habló con el Sargento de Puesto para poner denuncia, fingiendo gran congoja y zozobra.

La primera fue con ocasión del viaje de placer de su mujer con una amiga de la infancia, ambas habían planificado una semana en Alicante. En pocas horas las pesquisas de la Guardia Civil tenían resuelto el asunto y localizada a Marta. En la siguiente, costó cerca de cuatro días descubrir que la señora de Palomares había ido a pasar unas semanas a casa de su madre, por los problemas de salud de la anciana.

En esta ocasión, los agentes murmuraban entre ellos. A saber dónde estaría La Señora Marta. El Sargento sugirió esperar unos días antes de formalizar la denuncia. –Por si su señora apareciera como las otras dos veces- había dicho sarcásticamente.

Martín se mostró de acuerdo, aunque siguió simulando un grandísimo abatimiento cuando abandonaba el cuartelillo.

-Desde el golpe no es el mismo- Le dijo el Sargento a Guti.

-¡Pobre hombre!, contestó el número.

Pasaron dos semanas antes de que se cursara la denuncia correspondiente, y durante más de dos meses el abatido y cabizbajo Martín se presentó cada día a preguntar por las infructuosas investigaciones que se llevaban a cabo.

El resumen escrito de las tres batidas que se organizaron por la demarcación para buscar a la desaparecida, los testimonios de los interrogatorios a las últimas personas que habían tenido contacto con ella, incluido el amnésico marido y los testimonios de las vecinas y amigas, llenaron unas cuantas carpetas en el ordenador de la Comandancia.

La falta de novedades y el aparente callejón sin salida de la investigación provocaron que el asunto engrosara la gran lista de casos sin resolver de los archivos policiales. Casos que acaban indefectiblemente cayendo en el olvido.

IV.- -¡Cómo no va a haber sequía! ¡Si no paramos de echar mierda al aire y al mar!

El viejo Julián, dueño del más pequeño y rancio bar de la localidad, repetía este razonamiento y otros similares en cada tertulia, a cada cliente y a cada momento. Era su explicación a la falta de lluvia que azotaba el país entero desde hacía cuatro años, justo desde la desaparición de la Señora Marta. El bareto de Julián era el sitio ideal para enterarse de los pormenores y de las habladurías del lugar.

Durante muchos meses se hacía el silencio cuando Martín en llegaba al bar. Él represento la farsa diestramente. Bebió más de la cuenta y en sus borracheras acababa siempre llorando desconsoladamente.

Hacía más de tres años que a Martín Palomares le habían dado la baja definitiva en la empresa. A los perniciosos efectos de su caída, se habían sumado los trastornos y depresiones que habían provocado en su psiquis la fatídica desaparición de Marta, a la que tanto amaba.

A los pocos mese de obtener su jubilación anticipada, vendió todas las posesiones del matrimonio, gracias a los poderes que ambos se tenían otorgados notarialmente. Los vecinos vieron consternados como se deshacía de la finca y la casa, de los muebles y las joyas. ¡Todo aquello le traía al desgraciado tantos recuerdos!

Martín había partido un buen día sin que nadie en absoluto supiese se destino.

V.- A los mil doscientos que le quedaron a Martín de pensión, hubo de sumarse casi un millón de euros por la venta de todo lo que su mujer le había

dejado. Y eso sin contar la herencia que le había de dejar su suegra, aún enferma. Aquella maldita vieja no pensaba morir nunca.

En la pequeña aldea de la República Dominicana aquel español cincuentón era toda una personalidad. Había adquirido una gran caserona junto al mar y debido a su increíble solvencia económica se beneficiaban de su bondad un buen puñado de personas.

Evaristo le arreglaba el jardín y le hacía las compras en Santo Domingo. Luis Carlos era su conductor y el que le conseguía de vez en cuando alguna “buena compañía”. María, la encantadora María, era su cocinera y la alegría de sus ojos, bellísima mulata de 24 años. Ella le arreglaba la casa y la ropa y le despertaba por las mañanas con el café humeante sobre la bandeja, junto a las tostadas.

Los cocoteros, las arenas casi blancas y el azul turquesa del mar Caribe, formaban el cuadro que se dibujaba a través de la ventana de su habitación cada día.

Martín tenía contenta a toda la aldea, no escatimaba los dólares a la hora de recompensar los distintos trabajos que se le hacían.

La televisión por satélite y el ingreso de su paga mensual eran los únicos nexos con España. Precisamente el nombre de su programa preferido llevaba el nombre de su país, España Directo.

Aquella tarde las cámaras de Televisión Española habían viajado hasta un pantano en el que la llamada de uno de tantos seguidores habituales del noticiario había localizado un hecho inusual.

El semblante de Martín sufrió el cambio más brusco de su vida. La tele daba en directo imágenes de su aldea.

La chica rubia, de unos veinte años de edad, más o menos, sostenía la tremenda alcachofa del micrófono.

-A primera hora de la tarde llegaban nuestras cámaras a este embalse, coincidiendo casi con la llegada de los primeros efectivos de la Guardia Civil.

Los vecinos de este pequeño pueblo están conmocionados. La sequía ha provocado la bajada del nivel del embalse, dejando de nuevo a la vista el campanario de la antigua ermita, que llevaba más de cuarenta años sumergida. Esto ya sería una noticia curiosa. Pero la gran noticia es que entre los hierros de la veleta que preside aún el tejado, han aparecido enredados con unas cuerdas unos restos humanos.

Advertimos de la crudeza de las imágenes-.

La cámara giró abandonando a la joven presentadora y se dirigió hacia las aguas azules, en cuyas orillas Martín distinguió la silueta de Guti. El zoom del lejano artilugio, allá en España, traía con nitidez hasta aquella aldeíta de la República Dominicana unas terribles imágenes que jamás creyó posible contemplar.

El esqueleto de su esposa colgaba enganchado de la veleta del campanario. Las cuerdas enredadas en la oxidada cruz que lo coronaba. Los bloques de cemento, ahora cubiertos de verdín, reposaban sobre las tejas desvencijadas, anclados aún a los huesos que envolvían y lastraban, lúgubre testimonio de la atrocidad cometida.

Los restos de su esposa Marta, desprovistos desde hacía muchos años del más mínimo rastro de carne. Festín en su día para los ciento de pequeños carroñeros habitantes de las profundidades del pantano.

Un primer plano de la calavera de su esposa pareció mirarle



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista:

Patrocinado por Editorial Everest y
Obra Social Caja Madrid

“Perverso”
María del Pilar Prieto

Pseudónimo: Esther Colero

200 AÑOS
DE MISTERIO

T

an seguro como que respiro se que en la seguridad de la equivocación o el error de

una acción cualquiera reside con frecuencia la fuerza irresistible, la única que nos impele a su prosecución. Esta invencible tendencia a hacer el mal por le mal mismo no admitirá análisis o resolución en ulteriores elementos. Es un impulso radical, primitivo, elemental. Se dirá, lo sé que cuando persistimos en nuestros actos porque sabemos que no deberíamos hacerlo, nuestra conducta no es sino una modificación de la que comúnmente provoca la combatividad de la frenología.

Ahora advertiréis fácilmente que soy una de las innumerables víctimas del demonio de la perversidad.

Edgar Allan Poe

El día amaneció con una densa niebla. Parecía como si el clima de hubiese aliado con los acontecimientos que tendrían lugar aquel siniestro 7 de octubre, tejiendo un frío manto blanco a la misma muerte.

Fiona puso una cafetera, se tomó dos aspirinas y encendió un cigarrillo. Eran las 07:30 de la mañana pero apenas había pegado ojo en toda la noche. La noticia le había golpeado como un mazo en las entrañas, dos días atrás, cuando la policía entró de madrugada en su apartamento de la rue Saint Ambroisse arrancándola, casi literalmente, de las sábanas.

El comisario Victor Losserand, un viejo conocido de Fiona, se personó acompañado de dos inspectores. Se le acusaba de cinco homicidios en primer grado.

Antes de que lograra salir de su asombro, los dos agentes la empujaban al interior del coche de policía que la llevaría hasta la comisaría del distrito 11, mientras una patrulla se quedaba registrando su piso.

Una vez en la comisaría, la encerraron en la sala de interrogatorio.

La Dra. Fiona Eisenman conocía a Losserand desde hacía varios años, ya que había colaborado con la policía parisina, en numerosos casos, como psiquiatra experta en trastornos conductuales. Su trabajo consistía en la elaboración de perfiles psiquiátricos, en casos de asesinatos en serie y violaciones. Su capacidad para analizar la mentalidad psicópata y prever su conducta era sorprendente y había permitido poder entre rejas a un buen número de sujetos psicóticos y despiadados. Víctor Losserand sabía que, en gran medida, debía su ascenso al puesto de comisario a las colaboraciones que Fiona había hecho con él como inspector y que tantos éxitos le habían reportado. Tenían una relación cordial e incluso podrían decir que existía una admiración mutua.

El comisario Losserand entró cabeceando en la sala de interrogación, se acercó hasta Fiona con un cigarro en la boca, le soltó las esposas y le pasó el paquete de tabaco.

- Pensé que estaba prohibido fumar en todo el recinto de la comisaría.- Dijo Fiona frotándose las muñecas. Encendió un cigarro y le pasó el paquete al inspector.

- Contigo haré una excepción.- dijo éste, cogiéndolo en el aire. Fiona dio una larga calada a su cigarro y le miró a los ojos.- ¿Qué está pasando, Víctor?- Su voz sonaba cansada.

Losserand le dio la vuelta a la silla situada enfrente de Fiona y se sentó a horcajadas en ella, apoyando el respaldo sobre la mesa. Sacó una bolsa de plástico de su gabardina, que contenía un gastado libro de tapas negras en cuya portada se podía leer: *"Poe, análisis de una mente a través de su obra"*.

- ¿Te suena este libro?- Preguntó el comisario, arrojándolo sobre la mesa.

- Claro que me suena. -Contestó Fiona. -Es el ensayo que escribí de Allan Poe en la Universidad. Fue la base de mi tesis doctoral acerca de los trastornos de conducta en el arte a través de la historia. Ha sido reeditado con motivo del reciente bicentenario del nacimiento de Poe pero no parece estar teniendo mucho éxito. Ésta es una copia de la primera edición.- Dijo, mientras lo analizaba. - ¿Cómo lo has conseguido?. Sólo se imprimieron unos pocos ejemplares...

- Apareció en el escenario de un crimen.- Losserand hizo una pausa, se pasó la mano por la frente rala y suspiró.- Fiona. Alguien está recreando los asesinatos de los cuentos de Poe que utilizaste en tu ensayo, con una escalofriante eficacia.

Fiona no pudo contener una exclamación de horror. Incrédula, cogió el libro entre sus manos.

- Me estás diciendo que un asesino en serie está utilizando mi obra para llevar a cabo sus crímenes?. ¿Y por qué no se me ha permitido colaborar en este caso?. ¡Sabes que soy la mejor analista criminal de toda Francia!

- Los crímenes empezaron antes de que entrases a colaborar con la policía. Después, hallamos este libro en la mansión de una de las víctimas y pasaste a ser sospechosa. No habíamos encontrado ninguna otra conexión entre tú y las víctimas, aparte del libro, hasta esta mañana.

- ¿Cómo que hasta esta mañana?.

- Efectivamente.- Losserand puso encima de la mesa unas fotos en las que aparecía el cuerpo sin vida de una mujer a la que parecían haberle reventado la cabeza con algún objeto contundente.

Fiona reprimió una náusea y, enseguida apartó las fotos de su vista empujándolas al otro lado de la mesa.- Se trata de Cecille Laffite.- Al oír el nombre de la víctima, a Fiona le dio un vuelco el corazón. El comisario prosiguió, no sin antes advertir el cambio en el rostro de su interlocutora.- Fue hallada sin vida en su domicilio de Montparnasse esta mañana. La voz de alarma la dio su hermana, Margueritte, que llevaba días tratando de ponerse en contacto con ella sin éxito. Preocupada, se acercó hasta la casa. Nadie salió a abrir la puerta y, sin embargo, pudo percibir que del interior de la casa salían unos alaridos espeluznantes. Asustada, acudió a la policía que se personó en el domicilio. Los aullidos procedían del sótano, donde encontraron a Plutón, el gato de Cecille, que había sido emparedado con vida junto al cadáver de su dueña a la que, según los análisis forenses, habían partido la cabeza con un hacha. Llevaba dos días muerta. ¿Le suena la historia, doctora?

-Fiona asintió petrificada- por supuesto que le suena –prosiguió Losserand- se trata del relato *El gato negro* de Allan Poe, el quinto y último relato de su ensayo. Pero las coincidencias no acaban aquí, ya que el minino tenía una placa con forma de corazón y su nombre grabado en el cuello. En el reverso de la placa podía leerse: *de Fiona con amor*.-Curioso, ¿verdad? Margueritte nos

ha confirmado que Cecille y usted mantuvieron una relación sentimental que duró dos años. ¿Es correcto?

- Así es.- Respondió Fiona destrozada ante la noticia, su voz era apenas un susurro.- Fue una relación muy destructiva para ambas. Acabó hace más de un año y no he sabido nada de ella desde entonces.

- Doctora, deberá decirme donde estuvo usted el sábado entre las siete de la tarde y las once de la noche.

- Estuve cenando con Lilily, mi actual pareja, en L'Entrepot. Luego vimos la última película de Christophe Honoré, *Non ma fille, tu n'iras pas d'ancer*. Es el típico drama familiar. Lilly no paró de llorar en toda la película

- ¿Puede ella confirmarlo?

- Ella y las otras 50 personas que había en el local. Además, tenía la mesa reservada, así que si te pones en contacto con el restaurante te lo dirán. Por cierto, Víctor, ¿en qué momento del interrogatorio has dejado de tutearme?

- Fiona, esto es serio. Sabes que te tengo aprecio, pero estamos hablando de asesinato; necesitaré el teléfono de tu pareja.- Losserand se levantó de la silla dispuesto a abandonar la sala, pero se giró en el último momento.

- Por cierto, deberías ponerte en contacto con tu abogado, mientras comprobamos tu coartada y nuestros muchachos terminan de registrar tu apartamento.

El abogado de Fiona tardó diez minutos en presentarse en comisaría. En menos de media hora la había puesto en la calle y amenazado con demandar al departamento de policía por arrestarla sin suficientes pruebas e interrogarla sin su presencia. La policía no encontró ni una sola prueba física en su apartamento que la relacionase con los asesinatos.

Estaba libre, al menos por el momento.

Decidió ir andando de vuelta a casa, en lugar de coger el metro. Necesitaba despejar sus ideas. Cecille había muerto, aún no podía creerlo. Tenía que encontrar al responsable.

Ya estaba amaneciendo cuando enfiló el boulevard Voltaire. Hizo una parada en la carnicería de Dudroit, pensaba mejor con un buen bistec en el estómago, no había tomado nada desde la tarde anterior y sentía un vacío en el estómago a medio camino entre el hambre y la náusea.

Fiona entró en la tienda. El joven carnicero la miró con una amplia sonrisa y la guiñó un ojo.

- ¡Bonjour, bella Fiona! ¿Cómo está hoy mi cliente favorita?

- Bonjour, Pierre. Quiero un bistec de ternera.

- Enseguida te pondré tu filete. Pierre preparó la pieza mientras coqueteaba con Fiona. - ¿Cuándo vas a dejar que pinte tu singular belleza? ¿te han dicho alguna vez que soy un virtuoso del natural?

- Por favor, Pierre, hoy no estoy para bromas.

- Está bien, bella Fiona, aquí lo tenéis: Un bistec de primera calidad.- Le tendió el paquete y cuando ella lo cogía retuvo su mano entre las de él y la besó. Fiona retiró enseguida el paquete y la mano y salió apresuradamente de la tienda, seguida de la risa del tendero.

Cuando entró en casa, Lilly estaba en la cama. No debía de hacer ni una hora que había regresado del club de striptease en el que trabajaba. Fiona decidió dejar el bistec para otro momento y descansar un rato. Se metió entre las sábanas intentando no despertarla, pero Lilly la estaba esperando.

-¿Dónde has estado? – le dijo tomando la cara de Fiona suavemente entre sus manos.

Ella rompió a llorar. Se abrazaron e hicieron el amor.

Fiona pasó las siguientes 48 horas intentando recomponer el puzzle de los asesinatos. Obtuvo una gran cantidad de información de los sucesos en Internet que completó con datos filtrados por sus contactos en la policía parisina.

Según pudo comprobar, algunos de los casos habían tenido una gran repercusión mediática. ¿Cómo podía una psiquiatra de su experiencia haber pasado aquellos terribles asesinatos por alto?. A pesar de que la policía había puesto un gran empeño en enmascarar que la autoría de los crímenes fuese obra de un mismo autor, algunos de los sucesos habían llenado muchas páginas en los más importantes periódicos del país y abierto informativos de televisión. ¿Cómo pudo haberlos borrado de su memoria?.

El primero de los asesinatos se correspondía con el primer cuento de Poe utilizado en su ensayo: *El corazón delator*. La policía acudió al domicilio de la víctima avisada por los vecinos, que fueron a denunciar el hedor nauseabundo que salía del inmueble. Habían intentado ponerse en contacto con el dueño, un anciano de más de 80 años de edad, sin éxito. Nadie le había visto en semanas y no parecía tener familiares ni amigos cercanos. Cuando entraron en la casa encontraron, sobre una silla en el salón, un gramófono en el que sonaba una grabación en bucle. La grabación reproducía, una y otra vez, el sonido de los latidos de un corazón. Las manchas de sangre en el suelo llevaron a los agentes a investigar bajo las tablas del piso, donde encontraron el cadáver descuartizado del anciano.

A Fiona un escalofrío le recorrió la espalda cuando vio la dirección en la que había tenido lugar el crimen. ¡Se trataba de un edificio situado a pocos metros de su antigua residencia en el barrio de Marais!. El asesinato se produjo poco después de que ella se trasladase a su actual domicilio, pero aún había más. Petrificada, Fiona descubrió que conocía a dos de los otros tres difuntos.

La víctima del segundo de los crímenes, el que se correspondía con el segundo cuento de su ensayo, *El barril del amontillado*, había sido compañero suyo en la escuela.

Cómo iba a olvidar a Gastón Gallopin. Se pasó más de la mitad de primaria martirizándola. Una parte de ella no sentía la más mínima lástima por su triste final.

El cuerpo sin vida de Gallopin fue hallado por un vigilante de las catacumbas de París. Sus restos de hallaban sepultados tras los osarios del decimosexto distrito, una de las zonas de estos tétricos laberintos que queda vedada al público. El infeliz había sido emparedado al fondo de una de las numerosas grutas. Le encontraron vestido de arlequín (era la semana de carnaval), como en el cuento de Poe. Su cuerpo había sido atravesado repetidas veces por una espada. El asesino dejó el arma homicida junto a su obra. Al encontrarla, el vigilante indagó y vio una zona en la que las calaveras parecían haber sido removidas., descubrió restos de sangre y, a continuación, el cuerpo sin vida de Gallopin. Sin duda esa fue una ronda desagradable para el pobre vigilante, que abandonó el puesto a raíz del suceso.

En cuanto a la cuarta víctima, la que se correspondía con el relato de *El retrato oval*, se trataba de una modelo retirada con la que Fiona había mantenido una relación esporádica.

Los sirvientes encontraron el cuerpo en avanzado estado de descomposición en una de las mansiones de verano de la víctima. Habían acudido para realizar el mantenimiento de la vivienda, que llevaban a cabo cada dos meses, y hallaron el cadáver en los aposentos de la víctima. Apareció sentada, junto a un retrato suyo realizado al óleo, en el que parecía en la misma posición que el cuerpo difunto. La criada afirmó a la prensa que, sin duda, aquel era el mejor retrato que había visto de la modelo.

La tercera víctima, en cambio, le resultaba una total desconocida. Apenas había encontrado una reseña del homicidio en los periódicos. Se trataba de una joven, aquejada de una terrible enfermedad degenerativa que la familia dio por muerta y la enterraron, pero los padres decidieron levantar los textos para hacer una autopsia porque encontraron medicamentos sedantes en una habitación de la joven que no formaban parte de su tratamiento. Cuando abrieron el ataúd, sus más siniestras sospechas se hicieron realidad. La tapa estaba llena de sangre. La joven se había destrozado las uñas y los dedos intentando salir de su prematura tumba y el cadáver había sido profanado. Alguien le había arrancado los dientes, al igual que en el cuento de Allan Poe, *Berenice*, que Fiona había incluido en el tercer lugar de su ensayo sobre el autor. Aún no había encontrado la relación entre ella y la víctima, pero pensaba llegar hasta el final del asunto.

Interrumpió su frenética búsqueda. Le daba vueltas la cabeza. ¡Algún demente obsesionado con ella estaba asesinando a personas de su entorno!

Pensamientos funestos cruzaban su cabeza. Se preguntaba si sería ella la siguiente.

Salió a la calle. Necesitaba sentir el aire fresco en la cara y despejarse. Bajó el boulevard Voltaire en dirección a République. Al llegar a la altura de la Plaza de la República se chocó de frente con Pierre, el carnicero

- ¡Bella Fiona!. ¡Qué placer chocarme contigo, literalmente!. Me alegro especialmente de verte esta tarde. Acabo de salir de la librería de comprar tu último libro, el ensayo sobre Poe, Justo lo estaba ojeando cuando me has arrollado. ¿Serías tan amable de dedicármelo?

Pierre le tendió el ejemplar abierto por la primera página y sacó del bolsillo de la chaqueta una estilográfica. Aturdida, Fiona se dispuso a firmar, pero se detuvo en seco, con el libro entre sus manos. Sobre la primera hoja había una desgastada fotografía del carnicero junto a una joven. Horrorizada, Fiona reconoció el rostro que había visto antes en los periódicos digitales. ¡Se trataba de la tercera víctima!

- ¿La conoces? – prosiguió Pierre.- es mi prima Berenice. Falleció hace pocos meses en extrañas circunstancias.

Petrificada, Fiona dejó caer el libro y la pluma. De pronto, todo cobró sentido en su cabeza. Siempre flirteando, siempre tan amable... ¡El carnicero era el asesino!

Dio la vuelta sobre sus pies y salió corriendo tan rápido como pudo en dirección a su casa seguida de Pierre, que la gritaba que se detuviese. Consiguió darle esquinazo en un callejón y entró en casa

Todo su cuerpo latía al desenfundado ritmo de su corazón. Sintió el estómago en la boca. Casi no le dio tiempo de llegar al baño para vomitar. Después bebió un gran vaso de agua; luego otro. Apenas podía respirar. ¡Tenía que avisar a Losserand!

El teléfono sonó y, sobresaltada, estrelló el vaso que tenía en la mano contra la pared y se cortó la mano. Lamiéndose la sangre, contestó. Era el inspector Losserand. Habían hallado muerto a Pierre en una calle cercana a su domicilio. En su bolsillo había un siniestro relicario. Las supuestas piezas dentales arrancadas a su prima Berenice. Fiona podía estar tranquila. Todo había terminado.

En ese instante, Lilly entró por la puerta. Le preparó un baño de agua caliente y encendió unas velas. Fiona se sumergió en el agua. Todos los músculos de su cuerpo se destensaron. Se dejó llevar por la sensación de ingravidez.

El agua se tiñó de sangre. Parecía que el corte de la mano era más profundo de lo que creía. Cerró los ojos. Se sentía tan cansada. Escuchó la voz susurrante de Lilly. El sonido parecía llegar desde lejos, como en un sueño.

- Descansa, mi amor. Estas a salvo. El círculo caso se ha completado. Aunque aún falta el acto final, nuestro relato favorito, *El demonio de la perversidad*.

La verdad, nunca entendí porqué no lo incluiste en el ensayo. Sin duda, es el mejor. El que mejor resume la mentalidad asesina. El placer del crimen por el crimen, sin justificación. Pero para representarlo necesitamos un cadáver. ¿No crees? Y he pensado en el tuyo, mi amor.

Fiona intentó salir de la bañera, pero sus músculos no respondieron. Emitió un grito para sí misma. Sin sonido, sin movimiento, ya que ni las cuerdas vocales ni los músculos de la cara obedecieron a su intención.

- No lo intentes, querida.- prosiguió Lilly, disfrutando de la situación.- sólo conseguirás agotarte. He impregnado estas velas con curare, un potente veneno paralizante. En pocos minutos tus pulmones se paralizarán y dejarás de respirar.

¿Sabes que día es hoy? No contestes. Hoy es 7 de octubre, el aniversario de la muerte de Edgar Allan Poe, nuestro mentor. ¿No te parece escalofriantemente perverso?

Paralizada, Fiona miró el espejo situado enfrente de ella y vio el reflejo de Lilly. Los ojos de su asesina fundiéndose en los suyos propios.

Poco a poco, la voz de su amante se hizo más débil en su cabeza, flotando a lo lejos en la densa bruma del veneno.

Cerró los ojos y se dejó llevar. Sintió como Lilly moría también en su interior, justo antes del instante final. Cuando un rayo de lucidez, le reveló la verdad.

Dos personalidades. Un solo cuerpo. ¿No era aquella una bonita paradoja?

A la mañana siguiente, la policía encontró el cuerpo de Fiona flotando en la bañera. Entre las uñas del cadáver de Pierre habían encontrado restos de su piel. El carnicero se intentó defender cuando ésta le apuñaló salvajemente. También encontraron sus huellas en la bolsita de piel que contenía las piezas dentales de la pobre Berenice.

Sobre la cama de Fiona hallaron una nota que rezaba:

“No pretendo que me entiendan, ni que sean capaces de apreciar la belleza de mi homenaje. Lo que sí deseo es que reflexionen y vean la malvada perfección de mis actos.

Admiren mi obra”.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista:

Patrocinado por Editorial Everest y
Obra Social Caja Madrid

“Resurrección y nueva muerte de Poe”
Ginés Guirao

Pseudónimo: Anónimo

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

P

odría detener el tiempo sin necesidad de cerrar los ojos, con una

mano abierta y firme conducirlo años atrás, y serían los mismos pasos que resuenan ahora, que se dirigen al estrado que en un instante ocuparé junto a las autoridades académicas, los que me llevaron al ángulo semiclandestino, al amparo de la sombra de los gruesos cortinajes, oculto bajo un disfraz que me convertía, como en innumerables ocasiones antes, en un distinto invitado de sus conferencias. Recuerdo los aplausos finales como el detonante definitivo que marcaba la urgencia de matarlo. Pude haberme sumado al séquito que le obsequiaba cuando el paraninfo cerró las luces tras sus palabras, cuando el alboroto lo fue cercando y al fin estalló en una reverencia unánime y el escritor desapareció en la noche. Pero tal vez la mirada feroz me habría delatado, o la firmeza en un propósito decidido se pudo resquebrajar.

Había descendido del tren años antes en una ciudad que él habitaba. Durante el viaje guardé en las manos, como los devotos el misal durante el transcurso de la ceremonia, la primera edición de la obra que le había supuesto el inmediato reconocimiento. Sentía su tacto y sus palabras escritas como el instrumento de una religión ante la que no cabe más que claudicar. Yo era un profesor que hablaba de literatura con la vehemencia de un poseído y declamaba versos con la solvencia de un fanático en el trance último de la horca. Mis manos se sembraban de textos que esparcía en el aire del aula durante la mañana y que durante las tardes se esclavizaban al tormento sin fin de la escritura.

A veces alzaba la mirada, fatigado, enfebrecido frente al rímero de folios, y la detenía en el cielo de nubes y de antenas que cubrían los edificios. Vivía solo en una buhardilla de alquiler, pobremente amueblada. Cuando llegaba la noche, en los cristales que poco antes permitían el desorden de terrazas, se reflejaba mi rostro desahuciado por el desconsuelo, mi mano temblorosa que apenas lograba sostener el rotulador. No resultaba extraño despertar a cualquier hora, abatido sobre la mesa, con las hojas dispersas, desparramadas por el suelo. Entonces releía al azar y pensaba en el esfuerzo baldío, y llevaba los ojos húmedos a los

atados junto a los muros, a las columnas de libros que sostenían mi dolor impidiendo que se derrumbara como un edificio mordido por la ruina.

Sé que los compañeros rehuían mis silencios atormentados, mi semblante de fantasma encadenado por algún arrepentimiento no resuelto, y poblaban mis ausencias con veredictos de condena contra mis permanentes jerséis negros de cuello de cisne y mi melena de cuervo. Nadie se ofreció nunca para recoger mis callados lamentos de náufrago, nadie se detuvo a comprobar qué miseria ocultaban los gruesos vidrios desde los que me refugié de un mundo que me había destinado al olvido.

Pero todo quedaba atrás. Aquella mañana la desventura tomó otro camino. Bebía el café en una esquina de la sala de profesores mientras pasaba las hojas del periódico. Fue el rostro desconcertado lo que me hizo desviar la mirada. Después la fugaz presentación y el título del libro. Luego las coincidencias me alarmaron. Leí desde el principio una biografía nada sospechosa. Era un nombre nuevo en la narrativa española, aunque se le reconocieron trabajos anteriores en publicaciones de provincias. Un oscuro funcionario que mientras cumplimentaba expedientes o se consumía de tedio entre los cartapacios del archivo armaba el relato que esa tarde iba a caligrafiar en su habitación, o quizás añadía nuevos párrafos a una novela oculta a todos que le permitía sobrevivir en silencio. Continuaba la reseña de una obra que había sido enviada a la prestigiosa editorial, donde la casualidad hizo que unas manos decisivas tropezaran con ella. Seguían dos líneas que me obligaron a forzar la serenidad. Tomé el periódico y me recliné en el departamento de Lengua y Literatura como un ahogado que acaba de recibir la primera bocanada de aire que lo devolverá a la vida. Apenas unos meses separaban el comienzo de nuestras vidas y sólo una cresta de montes nuestros mundos. Observé de nuevo su mirada fustigada por el desconcierto, aún empañada por los lugares que la ficción le había hecho recorrer.

Conseguí el libro y saqué en él mis sueños más escondidos. Era mi propia obra anticipada por alguien que irrumpía en mi vida para culminar la perversión. Durante tantos años únicamente la vertiente de una sierra coronada de nieve había impedido un azaroso encuentro, señalaba la frontera precisa entre nuestras vidas. Y ahora descubría en los periódicos, día a día, la reproducción metódica, implacable, de cada uno de los movimientos de mi abrumadora existencia. La

misma música y los mismos cigarrillos, el mismo anhelo que nos empujaba a abandonar las calles de una ciudad que recorríamos como sonámbulos extasiados. Los amigos dejados atrás con la vergüenza de un pasado que no debió correspondernos, las compañeras de clase a quienes nos humillamos a cambio de besos clandestinos, por furtivos deseos llenos de oprobio. Era también la vida retomada para completar libros que lo situaban en la cúspide del éxito. Como un espeleólogo contumaz rastreaba en sus obras cada momento que era traído del mundo que tuvimos en común. Clasifiqué en cuadernos cada una de las vivencias que había sustraído a mi propia vida. Desenmarañé el hilo que conducía al sentimiento más oculto cuyo acceso tal vez él creyó imposible. Descifraba sin contrariedades cualquier código que hubiera considerado inexpugnable, sus palabras eran al fin mis propias palabras y encubrían los mismos remordimientos, las mismas insatisfacciones, la inabarcable soledad que nos aniquiló.

Me convertí en un perro que nunca se saciaba. Abandoné mis obras como quien repudia algo que engañosamente le ha devorado la existencia, porque cada una de sus palabras no era más que una réplica ridícula de otras palabras ya escritas que se reproducían en una eclosión en los periódicos, en los escaparates de las librerías, en todas las revistas. La misión de cada día consistió en incorporar datos a mis cuadernos, que engrosaba con descubrimientos que acaso nadie más había hecho. Hubo fines de semana que me desplazé a los lugares en que se desarrollaba la acción narrativa de sus relatos, recorrí cada plaza y fotografié cada edificio citado en sus obras, identificaba con creciente ansiedad a quienes habían sido trasladados a la ficción desde la realidad y al fin regresaba exhausto en el último tren.

Encubierto por una falsa apariencia de periodista, tomé notas de mis entrevistas con antiguos compañeros de sus oscuros empleos, visité las redacciones donde sus iniciales proyectos tomaron forma, perseguí a las escasas mujeres que supieron algo de su existencia anterior.

Había recopilado trabajos y reseñas de perdidas publicaciones que hablaban de él desde los lugares más remotos, obtuve bajo engaño fotografías de lejanos familiares que en alguna ocasión recibieron el anuncio o la invitación para el bautizo, para una comunión de traje prestado y mesa pobre. Gasté dinero en tabernas con el fin de que los irredentos bebedores soltaran la lengua y

exhumaran la memoria de los padres muertos, de los secretos que sólo se transfieren si el alcohol o la desesperación los obliga.

Allí había vivido él, y si me daba la vuelta, una sierra de cumbres de hielo me indicaba el camino que llevaba al otro lado del infierno que habíamos compartido. Aunque para mí continuaba siendo un cepo que me atravesaba con sus hierros dentados, y él lo dejaba atrás, cada vez más lejos con cada una de sus publicaciones.

Aguardaba como una medicina que detiene una enfermedad incurable sus libros, las columnas que los periódicos le prestaban, cualquier presencia en la radio o la televisión, todas las sugerencias que proponía en sus debates públicos. Cuando acudía al trabajo, la sección de cultura en los diarios era mi primer alimento, ofrecido sobre la mesa de la sala de profesores. Cada día se convirtió en un vía crucis que señalaba el itinerario en que continuaba persiguiéndome a mí mismo.

Una grabadora escondida por anchos ropajes me permitió recuperar sus comparencias en la soledad de mi habitación. Escuchaba sus palabras precisas y me adivinaba en el fondo de la sala simulando el gesto de asentimiento, la esforzada sonrisa cómplice, los aplausos que me confundían con el auditorio, impaciente por regresar a la habitación y despojarme de los nuevos postizos, del rudo maquillaje y de la quebrada dentadura que impedía ser reconocido: sabía que no bastaba con ocupar distintos lugares porque su mirada iba a recaer en mí en un momento u otro de la conferencia, que no resultaba suficiente la amplitud de la sala, que mi comportamiento a lo largo de los noventa minutos fuera minuciosamente modificado cada vez que asistía a sus frecuentes charlas. Me descubriría sin duda si no adoptaba medidas exactas, porque mi asiduidad era la de una sombra rigurosa. Y puede que fuera la sospecha de que a pesar de todas las precauciones él comenzaba a diferenciarme entre los demás lo que me obligó aquella noche a seguirle cuando abandonó el paraninfo, aguardar que alcanzara el portal y detuviera su atención en las llaves que debían franquearle el paso, y entonces abrir la navaja a la altura de su garganta.

Cada movimiento que me aproxima al estrado acerca también el recuerdo de aquella noche, no resulta difícil entregarse al fin a la voracidad de la memoria que ha acechado tantos años como una fiera enjaulada atenta a la menor imprecisión. He obtenido el reconocimiento indiscutible, los homenajes me han llevado de un

país a otro, y ahora recibo, esta noche y en este sagrado lugar, el espaldarazo que me catapultará al máximo galardón. Mis trabajos le habían consagrado como un escritor indispensable, y cualquier asunto concerniente a su figura pasaba por mi beneplácito. Ninguna biografía fue más autorizada ni definitiva que la que yo le había dedicado. El primer estudio que a raíz de su desaparición ofrecí a la editorial tuvo una excepcional acogida. Suponía una parte de mis antiguas anotaciones en los cuadernos, y decidí enviarlo acompañado de un informe entusiasta de un catedrático relevante, devoto del escritor. Navegué un tiempo entre suplementos literarios y entrevistas que elogiaban mi trabajo y dicté ponencias y cursos convocados por las universidades. Hubo sucesivas reediciones, y en este tiempo regresé a la escritura con un empeño que consideraba perdido. De pronto los rotuladores se desplazaban sobre el folio con desproporcionada lucidez, una destreza sin límites levantaba personajes y situaciones tan firmes como nunca pude suponer. Surgieron relatos de arquitectura exacta que oculté porque los consideraba con terror delatores irrefutables de mi crimen. Las noches transcurrían inmerso en el vértigo de la escritura como en una fiebre que emponzoñaba mis sentidos. Durante el día conservaba el dormitorio cerrado con llave y las persianas echadas, y hasta que el cansancio me derrumbaba, sufría la añoranza de un turbio pasado hecho de rencores y desesperanzas, porque nada resultaba tan intolerable como haberme convertido sin remedio en el fantasma atormentado de un muerto: estos libros que crecían sin límite de mis manos fértiles como nunca eran los libros que al escritor asesinado quedaban por escribir, dictados desde más allá de la muerte, en una prolongación infinita de la más vil suplantación.

Mi dilatada ausencia de los círculos culturales y alguna negativa reiterada a promociones editoriales fueron justificadas por un nuevo trabajo que sobrepasó toda expectativa. El silencio de una larga temporada adquiría ahora sentido. Pero el sufrimiento y una vida de desorden progresaban con estrépito. Sólo breves videoconferencias y entrevistas resueltas en cuestionarios que devolvía por correo electrónico, escasas colaboraciones para los medios más prestigiosos. Pero la noche continuaba transformándome en un monstruo frenético, hasta que el leve anuncio del nuevo día me fulminaba con la contundencia de un arma poderosa.

Mis cuadernos se convirtieron así en trabajos rotundos sobre una obra y un escritor que acabaron teniéndome como referencia incuestionable. Pero atadas en folios, escondidas como algo deleznable y ofensivo, las obras póstumas del escritor acechaban desde el fondo del baúl desde la noche que el último rotulador se había secado de improviso y la mano se venció en un garabato sin sentido. Entonces comprendí que todo había acabado. Me alarmó el estado de decrepitud que había alcanzado. Una inquietante sensación de desastre me invadió. Corrí escaleras abajo y en la espesura de la noche me desplomé.

Permanecí hospitalizado el tiempo suficiente para forjar cierta cautelosa intimidad con el catedrático. Durante sus frecuentes visitas y en los paseos que el médico me había prescrito y que el catedrático compartió conmigo, y después, a lo largo de las veladas en el jardín de su casas, sufrí la tentación de ponerle al corriente de una historia tan tormentosa, pero el buen juicio y la conciencia de un estado tan vulnerable impidieron que lo hiciera. Poco a poco fui espaciando su compañía, una vez repuesto. Recuperé mis ocupaciones y fui un conferenciante ameno y un colaborador habitual. Mi prestigio se había consolidado y nada hacía presagiar que las noches, que discurrían después del ingreso con la eficacia de un bálsamo, retomaran el dominio del terror. Pero esta vez fue distinto. Ocurrió tras mi regreso de una serie de intervenciones fuera del país. Desde mi traslado de domicilio los manuscritos no habían sido desembalados, y permanecían en el trastero, en un olvido provisional que se fue alargando. Mi mejoría logró que tal olvido se constituyera en realidad en un abandono premeditado. Pero aquella noche, víspera del homenaje a su memoria, el escritor se abalanzó, armado con su lanza destellante, con ruido de caballería y estrépito de correajes, contra mí. Después, a horcajadas, oprimiendo mis pulmones que se deshacían bajo su peso, anunció con aparato de trompetas y estruendo de huesos su resurgimiento. Haz pública la noticia en el acto más memorable, gritó, exhalando el aliento de los infiernos. Sus ojos me penetraron, determinados a reducirme a cenizas en su fuego. Hazlo y todo estará consumado, dijo, con una voz ya lejana, mientras su espectro se descomponía en el aire del dormitorio. Un último sobresalto me despertó, agitado y confuso. A la luz de la lámpara, un humo de cloaca acabó dispersándose. No volví a conciliar el sueño. Recuperé, rayando el amanecer, después de sobresaltos sin fin, los manuscritos. Esa misma mañana anuncié el hallazgo de la obra inédita del escritor. Eran tres volúmenes que me había

confiado y cuya existencia él no tuvo ocasión de dar a conocer. El tercero era una pieza inacabada, y aún sin corregir, pero los dos restantes suponían la culminación de un estilo narrativo singular.

Fue el modo en que mi obra alcanzó una divulgación inusitada, aunque bajo la falsa autoría de otro escritor. Publiqué un breve y ficticio encuentro con el escritor en donde daba cuenta del proceso creativo, exponía un amplio anecdotario, y señalaba los nuevos artificios incorporados. El estudio completo de la primera obra de la serie (estudios parciales fueron acogidos en publicaciones mensuales en forma de anticipo) salió con motivo de alguna fecha señalada, y lo mismo ocurrió con los demás. Prologué posteriores ediciones. Firmé opúsculos solicitados por las revistas más poderosas. Alguna que otra anotación hecha a la obra del escritor renovaba su memoria y ensanchaba mi nombre.

Coloco ya un pie en el estrado. El relámpago del flash me obliga a girar la cabeza. Una catarata roja se desborda por las paredes, las cubre completamente. El auditorio compacto permanece atento, hechizado, detenido en el brazo que me atrae. Al fondo, protegido por la penumbra, sin duda enmascarado por un disfraz que no ha utilizado nunca antes, alguien me asigna un destino inmediato que nadie en estos momentos sospecha posible.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista:

Patrocinado por Editorial Everest y
Obra Social Caja Madrid

**“El cuervo (Nunca más)”
Jesús Félix Castreño**

Pseudónimo: Chuchi

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

Lo primero que hacía Juan al levantarse era salir a comprobar que en la

finca todo estaba en orden. Al abrir la puerta oyó un graznido, era Lucas, un cuervo grande, negro como el carbón que se había aficionado a su compañía y a su generosidad con la comida. Desde la modesta vivienda que había sido construida hace ya muchos años sobre un promontorio, se divisaban las propiedades más significativas de la finca: los establos, el granero, el huerto, el transformador que abastecía la finca de electricidad, y por supuesto el imponente caserón de piedra de tres alturas de la señora, donde sobresalían en el tejado las gárgolas traídas de las ruinas del antiguo monasterio.

Una vez confirmado que no había novedades, volvió a entrar en la casa. Las ventanas eran grandes, pero siempre estaban cerradas. Para Juan esto resultaba agobiante, con sus casi cincuenta años no lograba acostumbrarse, un hombre de campo necesitaba la luz del sol, era una fuente de energía para él. No le cabía duda que esta falta de claridad era la causa de la palidez del rostro de su mujer Reme, antes tan lumino. Esta se encontraba preparando el desayuno. Era de estatura media, con el rostro alargado y nariz prominente, no se podría decir que era guapa, pero su eterna sonrisa y el moreno azabache de su pelo, siempre había llamado la atención. También había cambiado su carácter, antes alegre y bullicioso, ahora apocado y huidizo. Estas mutaciones tenían un origen y una fecha.

Hacía ya algo más de dos años, una tarde a últimos de mayo, su hija Blanca con apenas doce años había desaparecido. Nadie había visto nada. El autobús la había dejado en la entrada de la finca. Era viernes, Juan se había ido en el jeep a arreglar la valla, y Reme estaba recogiendo hortalizas del huerto para la señora, que había venido sola, su hijo Don Isaías que la solía acompañar, sobre todo desde la muerte de Don Antón su marido, estaba de viaje. Cuando se dieron cuenta de su ausencia llamaron al colegio, al conductor, a los amigos, nada. La Guardia Civil rastreó todo el contorno, buscaron incluso dentro de las casas e interrogaron a todos, pero fue en vano. Poco a poco se había abandonado la búsqueda, cada cual había vuelto a sus obligaciones cotidianas y la guardia civil sustituyó su caso por otros nuevos. Desde entonces Reme, se había encerrado en si misma, hasta su marido le resultaba ajeno. Juan se había centrado en su trabajo, le ayudaba a no pensar, empezaba los días con la esperanza de verla aparecer, había oído muchas veces en casos parecidos que lo peor es la incertidumbre, pero ahora sabía que eso era mentira, él prefería vivir en la incertidumbre que en la realidad, si esta iba a ser la definitiva, cruel e insoportable ausencia de su única hija.

Una vez que apresuradamente y sin hablar, como era habitual últimamente, terminó el desayuno, salió de casa. Se dirigió a la casona, por la tarde se casaba una sobrina de la señora en el parador y don Isaías le había pedido que preparara el coche para llevarla a la iglesia. La casona tenía tres alturas, encontrándose las estancias útiles en la primera, siendo las otras una sala de juego en desuso y un sobrado que nunca se había utilizado. Don Isaías abrió, “Hola Juan, se presenta buen día para la boda”, dijo. Era un hombre alto, a sus

treinta y ocho años tenía ese aire de triunfador de aquellos a los que ha sonreído la vida y han sabido sacar provecho de ello. “Eso parece, Don Isaías”, le respondió Juan. Se respetaban y mantenían las distancias que marcaba la posición social de cada uno. “Me imagino que has venido a por las llaves del coche, lávale y después le arrancas para suavizar el motor”. “Eso había pensado”, respondió Juan.

El garaje habilitado para el coche era una dependencia pegada a la casona por la parte de atrás. Traspasó el umbral, era la tercera o cuarta vez que lo hacía, Don Isaías no dejaba entrar a nadie, se ocupaba el mismo de mantener en buen estado el viejo Bentley de su abuelo, que utilizaba solo en ocasiones especiales como esta. El coche impresionaba por sus dimensiones, empezó limpiando el cuero de los asientos con delicadeza.

Al bajar uno de los reposabrazos, cayó algo reluciente sobre el asiento. Al cogerlo y mirarlo de cerca, su rostro mostró el desconcierto más absoluto, era un anillo de plata, típico de Salamanca, “charros” les llamaban, miró en su interior, y leyó “Blanca 06-06”. Se sentó en el suelo, no era capaz de pensar con claridad. ¿Como había llegado?, ¿Había estado Blanca allí?, ¿Porqué? ¿Con quién? ¿Cuándo? Trató de serenarse, comprobó que lo que tenía en la mano era real, volvió a leer la inscripción. No cabía duda era el anillo que habían comprado a Blanca en Salamanca, para ser más exactos en una joyería de la Plaza Mayor, donde les grabaron el nombre y la fecha. Se acordaba que tiempo después había oído a Reme preguntarla algo sobre el anillo, contestándole Blanca que la molestaba y se le había quitado. Necesitaba pensar, poco a poco lo fue consiguiendo. No tenía ninguna duda que la única persona que tenía acceso al coche era Don Isaías, aunque alguien pudiera entrar en el garaje, las llaves del vehículo jamás se las había dejado a nadie. Se incorporó dirigiéndose a la puerta, tenía tomada la decisión.

Cuando llamó a la puerta de la casona Lucas revoloteaba a su lado. Abrió la señora, como siempre estaba impecablemente vestida, tenía una elegancia natural, a lo que ayudaba su altura que acrecentaba siempre con tacones generosos, el pelo corto teñido de rubio y sus facciones afiladas, la hacían atractiva a pesar de su edad. -“¿Qué quieres Juan?”, preguntó en el tono afable que empleaba con él. -“Venía a ver a Don Isaías”, la contestó. Siempre se había portado bien con ellos. Cuando desapareció Blanca, se ofreció a ayudarle en todo, puso económicamente a su disposición lo necesario para la búsqueda, y permitió que dejara el trabajo de la finca para dedicarse solo a lo que entendía que era más importante: “Por un hijo hay que hacer todo lo que sea necesario” le dijo. Cuando fue a llamar a Don Isaías, Juan respiró hondo varias veces para mantener la calma, el corazón galopaba a toda velocidad en su pecho. “¿Que quieres?”, dijo este cuando apareció. “El coche no arranca, no he querido forzar la batería y he preferido venir a llamarle.” “Vamos a ver que pasa”, respondió Don Isaías con cara de fastidio.

Hicieron el trayecto hasta el garaje sin hablar, al abrir Lucas se coló en el interior. Cuando cerró la puerta, Juan cogió una llave inglesa colgada en la pared y al volverse Don Isaías para pedirle las llaves le impactó con ella en la cara. Antes de caer violentamente de espaldas, su sangre salpicó la puerta del coche. Sangraba profusamente por la nariz y por la boca, la expresión de sus ojos borrosos era de miedo y sorpresa. Sin decir nada, Juan le dio otro golpe, esta vez en la rodilla derecha, sonó un ruido seco, como un chasquido, ahora Don Isaías sí gritó. Juan le preguntó: “¿Dónde está Blanca?”. Don Isaías, con el

rostro demacrado, mezclado de lágrimas y sangre, le miró con desconcierto. Descargando de nuevo su ira, esta vez en la rodilla izquierda, repitió Juan “¿Dónde está Blanca?”. Con voz temblorosa, Don Isaías respondió: “Te juro que no lo se, no se de que me hablas”. Agachándose un poco le enseñó el anillo, preguntándole: ¿Cómo ha llegado este anillo aquí? “No lo se”, respondió Don Isaías. Juan alzó de nuevo el brazo, Don Isaías, aterrado dijo: “Basta, espera, te lo contaré”. La sangre en la boca le dificultaba hablar, al fijarse mejor, Juan se dio cuenta de que le faltaban al menos dos dientes. “Si, es verdad”, comenzó a decir Don Isaías, “Yo la traía aquí, al principio era solo para enseñarla el coche, sabía que la gustaba, pero a la tercera o cuarta vez, no se que me pasó, perdí la razón y abusé de ella. La amenacé con despediros si decía algo, incluso con mataros. A partir de ese día lo repetía siempre que encontraba la ocasión. Me daba asco de mi mismo, pero era como una droga, se había metido en mi cuerpo, pero te juro que no sé nada de su desaparición, sabes que yo no estaba aquí aquella tarde, yo la amaba a mi manera” Según iba hablando, Juan iba palideciendo, las nauseas estaban a punto de hacerle devolver, la ira le nublabla completamente la razón, y amenazó con asestar lo que podría ser el golpe mortal.

“Nunca más”, pronunció a su espalda, una voz metálica, cavernosa, inhumana. Se volvió sorprendido, y sólo vio a Lucas, pensó que su estado era ya delirante. “Nunca más”, oyó otra vez, y ya no tuvo duda, era Lucas, ¡Hablaba! Don Isaías al escuchar el sonido cavernoso se sobresaltó también, y su rostro quedó aún más pálido. “Puede que esté.....viva”, dijo. “¿Qué dices?, explícate”, le preguntó Juan con desconfianza. “Cuando estaba con ella, no hablaba, solo repetía de una forma obsesiva “nunca más”, “nunca más”, lo mismo que dice el cuervo”. “¿Y por eso va a estar viva?, no mientas tu la mataste y ahora quieres ganar tiempo, aunque no te va servir de nada”. “Escucha, los cuervos, son capaces de aprender algunas palabras a base de repetírselas, y Lucas solo puede haber aprendido esa frase si se la ha oído pronunciar a alguien muchas veces, y ese alguien, solo puede ser Blanca, estoy seguro”. “Es imposible, ¿dónde podría estar?, han pasado más de dos años, alguien tendría que saberlo”. Mientras decía esto sus ojos denotaban un reflejo de esperanza, y su cabeza no dejaba de pensar. “¿Alguien sabía lo que hacías?, ¿os vieron alguna vez?”, preguntó. “No creo.... bueno, espera,”, dijo como queriendo recordar algo, “Una vez me dio la sensación de que mi madre nos había visto”. Doña Belén, pensó Juan, eso era imposible, ella quería mucho a Blanca, era como una hija para ella. Entonces se dio cuenta, como una hija, pero no “era” su hija, el hijo era Don Isaías. Recordó la frase que le había dicho más de una vez: “Por un hijo hay que hacer todo lo necesario”. Ató a Don Isaías con alambre, le amordazó y recogió algo del suelo.

Cuando le volvió a abrir Doña Belén, le preguntó: “¿Se le ha olvidado algo a Isaías?, sin decir nada Juan tiró sobre la mesita de entrada los dientes ensangrentados. Doña Belén sorprendida le miró a asustada,” ¿Qué significa?”, dijo. “Son los dientes de Don Isaías, el resto de su cuerpo está aún peor, pero vive, significa que espero que sea verdad que por un hijo hace todo lo necesario, significa que si me devuelve a Blanca, yo la devolveré a Don Isaías, significa que si no es así también morirá Vd.”, respondió Juan con una frialdad que solo es posible tenerla cuando no existe prácticamente la esperanza. Desconcertada le mantuvo la mirada mientras trataba de asimilar y comprender lo que acababa de escuchar, su rostro iba mudando a un color

cada vez más pálido. La cara de Juan reflejaba decisión y dureza. Al fin, Doña Belén suspiró, dejó caer los brazos, dio la sensación que todo su cuerpo se rendía, y bajando la vista al suelo, habló: "Sígueme".

A la vez que empezó a caminar, dirigiéndose al interior de la casa, comenzó a susurrar para sí misma, pero lo suficientemente alto para que lo oyera Juan. "Lo estaba deseando, no sabía como terminar con esta pesadilla. Había observado en alguna ocasión que Isaías entraba con la niña en el garaje, sospechando algo, esperé una nueva ocasión, y cuando esta se produjo me acerqué. Lo que vi me horrorizó, el sufrimiento y el horror de la niña se reflejaban en su rostro, mi hijo estaba como ido. Quise ir, salvarla, librarla de Isaías, pero pudo más el instinto maternal que la conciencia. No dije nada y pensé; pensé en Blanca, en el horror, en el abuso, pero desgraciadamente pensé más en mi hijo. Sabía que antes o después, se sabría. Igual que le había visto yo le podía ver cualquiera y si no la niña acabaría contándolo, entonces sería su perdición: la cárcel, la vergüenza, la deshonra, o quizás la muerte si eras tú quien se enteraba. Tenía que hacer algo, salvar a mi hijo. Esperé la ocasión. Aquella tarde cuando la vi aparecer, sabía que era el momento, no había nadie alrededor. La llamé y entró en casa, lo demás fue fácil, lo había pensado muchas veces, la ofrecí un vaso de leche, con lo que había añadido quedó enseguida dormida"

Mientras iba hablando, recorrió el recibidor y el pasillo, deteniéndose ante su dormitorio. Abrió la puerta con una de las llaves que siempre llevaba encima. La habitación era amplia, se componía de saloncito, el dormitorio propiamente dicho, cuarto de baño y vestidor. Siguió con su confesión mientras se acercaba a esta última estancia: "Al estallar la guerra, mi abuelo y mi padre, debido a las continuas redadas y por si tenían que esconderse, decidieron hacer un zulo, ellos dos solos, para que no se enterara nadie." Ahora estaba retirando una de las cajoneras pegadas a la pared. Mientras se agachaba continuó con su monólogo: "La traje hasta aquí y la introduje en el zulo, nunca se encontraría su cadáver."

Una vez abierta la trampilla que había en el suelo, apareció el final de una escalera de mano que se perdía por un agujero angosto del que salía algo de luz. Juan no pudo resistir más toda la tensión acumulada, su estómago se rebeló, le sacudió una gran arcada y vomitó. Mientras, Doña Belén había cogido una linterna y ya bajaba por la escalera, Juan todavía con espasmos la siguió. Según bajaba sus ojos ansiosos buscaban en la penumbra, solo veía el suelo de tierra y las sombrías paredes. Cuando bajó el último peldaño, a la vez que escuchaba decir "nunca más" a una voz indiferente y temblorosa y el eco de otra voz, esta vez metálica que repetía "nunca más", la vio.

"No tuve el valor de matarla", dijo Doña Belén, "Desde que la traje aquí sabía que nunca sería capaz de hacerlo, la encadené, bajé un colchón, útiles para que hiciera sus necesidades y se aseara y la dejé algo de luz. Los sábados o domingos la abastecía de provisiones para el resto de la semana. Al principio lloraba todo el tiempo, después ni eso, solo repetía la frase que oyes, y que ha fuerza de escucharla, ha aprendido, el cuervo. El pájaro por alguna extraña razón apareció un día, entró por el respiradero, que va a dar a una de las gárgolas de tejado y ha sido su única compañía, aunque a ella parecía que la daba igual. El que lo hayas descubierto es un alivio, yo ya no podía más, me estaba volviendo loca"

Juan no la escuchaba, estaba abrazando y besando a Blanca; escuálida, sucia, desconfiada, pero viva. Miró a Doña Belén, esta sin hablar entendió, le dio una llave. Abrió el candado, la quitó las cadenas y cogiéndola en brazos subió la escalera. La niña le miraba extrañada como si no entendiera o no se lo creyera, al salir a la calle tuvo que cerrar los ojos por la claridad, y al abrirles de nuevo poco a poco es cuando esbozó algo parecido a una sonrisa y dijo: “Papá”. Lucas, el cuervo revoloteaba alrededor con gran algarabía, repitiendo “nunca más”, “nunca más”, “nunca más”



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista:

Patrocinado por Editorial Everest y
Obra Social Caja Madrid

**“Las campanillas victorianas”
Luisa Fernández**

Pseudónimo: Plutón

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

“...Y los espectros en pena, danzan al son de la esquila, de la esquila, de la esquila, de la esquila, de la esquila, de la esquila...”

Las Campanas. Edgar Allan Poe

El sepulturero arrojó la última palada de tierra en la fosa. Levantó la vista hasta el deudo que contemplaba apesadumbrado el montante de arena y, después de hundir la pala en el barro, se quitó el sombrero de hule, alisándolo entre sus manos con gesto sumiso a la espera de su aprobación y de su dádiva.

—Antes de darle lo acordado, compruebe usted la campana —le indicó el joven, acercándose hasta una horquilla de madera clavada en el barro que sostenía una campanilla y un sistema de cuerdas que se perdía en la fría cárcava.

El viejo hizo patente su malestar torciendo el gesto. Poner en duda su trabajo era algo que él no toleraba. Llevaba más de cuarenta años enterrando parroquianos y ninguno se había quejado. Tiró del cordel con fuerza y una musicalidad dulce entibió el gris atardecer. Sus labios marchitos se curvaron de satisfacción a la vez que sus ojillos se perdían en el monedero que acababa de exhibir el abnegado familiar, dispuesto a endosarle unos chelines.

—Dentro de dos días —concluyó el joven— vendrán unos operarios a colocar la lápida y la cruz. Hasta entonces, permanezca alerta.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se apresuró a guardar las monedas. Agarró los asideros de la carretilla y emprendió camino hacia el cobertizo, no sin antes murmurar con gesto umbrío: “descanse en paz, doña lldegar”.

Después de cenar, gustaba el sepulturero de sentarse en una mecedora gruñona, por lo vieja, pero generosa como el regazo de una matrona entrada en carnes. Se la había regalado el carpintero que fabricaba ataúdes. Era de cedro, como los mejores féretros y hacía tantos años que la tenía que hasta su constructor pasó a mejor vida. También acostumbraba deleitarse con la lectura de cuentos y poemas de terror. Hacía poco que había adquirido un libro de Edgar Allan Poe, y tenía que reconocer que uno de sus poemas le había cautivado por completo: *Las Campanas*. En esas andaba cuando llamaron a la puerta. Dejó el libro en la mesa y acudió a abrir.

Era el guardián nocturno del cementerio que venía a compartir con él un vaso de vino al calor de la lumbre. Esa noche fue como tantas, pero para el guardián sería la última que pasarían juntos. Le habían despedido por empinar el codo y echarse a dormir la borrachera en la tumba de un viejo cura muy apreciado en el pueblo.

—¡Unos ingratos, eso es lo que son! —rumiaba el guardián, hundiendo la mirada en el vaso de vino— No entienden que las noches son terriblemente duras en el camposanto. El frío y la lluvia le traspasan a uno los huesos sin

misericordia. Y luego está lo de andar pendiente de esas dichosas campanas. Cuando sopla el viento parecen estar sonando toda la condenada noche como almas en pena.

El anciano asentía a sus quejas, sin otra consideración que llenarle el vaso de vino cuando lo había vaciado. Para cuando daban las ocho en el reloj de péndulo, ya se había marchado echando pestes y blasfemias.

El sepulturero debería hacer las veces de guardián hasta que encontrasen un sustituto. Se dijo a sí mismo que en cuanto terminara el último trago comenzaría la ronda por el cementerio. Pero en menos de media hora ya se había dormido acunado en el vaivén de su mecedora, con el peso de su enorme gato tuerto, Plutón, en las rodillas.

A las dos de la madrugada se despertó. Abrió los ojos con gran esfuerzo y se levantó trabajosamente de su cómoda butaca. Arrastró los pies por el largo pasillo que llevaba a su cuarto y se dispuso a meterse en el lecho, sacudiéndose de encima la conciencia de no cumplir con la ronda nocturna. Cuando retiró el edredón notó que algo había caído al suelo, desgranando un sonido metálico. Se agachó, y a tientas logró encontrarlo. Su tacto era húmedo y frío. Cuando lo acercó hasta la palmatoria pudo comprobar que era una campanilla. La asió de la argolla y la zarandeó con fuerza. No emitió sonido alguno. No tenía badajo. Escrutó la oscuridad de su habitación con incógnita y la dejó en la mesita de noche, introduciéndose en su cama. “Ya haré la ronda mañana”, se dijo, acurrucándose entre las mantas. Plutón se acomodó a sus pies. Al poco, dormía placidamente.

Al llegar el día comprobó todas las campanas de las tumbas y verificó que faltaba una, la de la sepultura del día anterior. A pocos metros, divisó el diminuto badajo. Lo recogió, y su mente comenzó divagar buscando respuestas al misterioso hecho.

Por la noche, volvió a quedarse dormido arrullado en el vaivén de su mecedora de cedro. Le costó más trabajo que de costumbre, pues seguía haciéndose conjeturas al respecto. En la lumbre apenas quedaban unos rescoldos y la temperatura bajó considerablemente en la sala. Plutón saltó de las rodillas de su amo, dando vueltas alrededor de la mecedora. Parecía intranquilo, como si intuyera en el aire la presencia de algo perturbador. Si el sepulturero hubiera estado despierto, también lo habría percibido. Podría haber observado la niebla, que como una densa cortina de humo pasaba por debajo de la puerta, y a la sombra oscura y tenebrosa que entró con ella. Hubiese visto cómo se le acercaba por detrás, le vigilaba en su sueño y le robaba el aliento hasta, casi, no dejarle respirar.

El sepulturero sintió entonces que se ahogaba. Se despertó sobresaltado y tosió con contundencia, y la sombra se esfumó por el tiro de la chimenea. Una vez reanimado, bebió un vaso de vino y se fue a dormir, achacando su malestar a una indigestión. Cuando retiró el cobertor para introducirse en la cama, una nueva campanilla cayó al suelo. La recogió, la hizo oscilar en el aire, y su sonido mudo le estremeció. El resto de la noche la pasó en blanco. A su mente acudían los versos de Poe: “...y los espectros en pena, bailan al son de la esquila. De la esquila, de la esquila, de la esquila...”

Incapaz de dormir, el sepulturero emprendió sus tareas cotidianas muy temprano, apenas el amanecer despuntaba por el este del cementerio. Recorrió los estrechos pasillos de las tumbas, intentando encontrar la sepultura

a la que le faltaba una campanilla. Después de mucho escudriñar halló un panteón, cuya verja de hierro estaba abierta de par en par. Pudo ver unas mantas esparcidas en una de las lápidas y varias botellas vacías. Penetró en la cripta y sus ojos resbalaron inmediatamente hasta la hornacina que debía contener la campana. Estaba vacía. Pensó en el guardián. ¿Acaso se estaría vengando por su despido? Estaba claro que había pasado allí la noche.

No solía renegar el sepulturero. Pocas veces sus labios habían salmodiado un solo quebranto. En su vida apacible y tranquila no existían los improperios, mas esta vez, de su boca salieron los reniegos más espantosos mezclados con los perdigones de su saliva.

Aquella noche se propuso permanecer despierto. Sabría de una vez por todas, quién: ánima, demonio o condenado, sería el culpable de tan torturador desatino. Miró de soslayo su mecedora y se negó a sí mismo su plácido vaivén. Se mantuvo erguido en una silla de pino para evitar quedarse transpuesto y se dispuso a leer para matar el tiempo. Dieron las doce en su reloj de péndulo, dieron la una... y cuando dieron las dos, había cerrado los ojos desnucado sobre el respaldo. No pudo entonces observar cómo, al igual que la noche anterior, la niebla se colaba por debajo de su puerta. Ni tampoco a la sombra nebulosa que se le acercaba por detrás, ni la forma en que comenzaba a robarle la respiración. En el último instante se despertó sobresaltado, ayudado por los maullidos furibundos de su gato. El sepulturero dio un alarido que hubiera despertado a los muertos. Resolló penosamente y, entre jadeos y estertores, falleció.

A los pocos minutos de morir, su espíritu se desprendió de su materia inerte y al igual que todos aquellos que mueren en extrañas circunstancias, se volvió sombra. Supo con certeza que vagaría por el mundo hasta encontrar al culpable de su muerte. Pero no tuvo que buscar mucho. Su asesina le miraba fijamente. Era Doña Ildegar, la difunta a la que había dado tierra.

—¿Por qué me has dado muerte? —preguntó el sepulturero con ojos de ánima entornados y vidriosos.

—¿Hiciste bien tu trabajo, sepulturero?

Él se encogió de hombros.

—Eché tierra en tu sepultura y la apreté bien con la pala.

—Y, ¿mi esquila? —la mirada de ella echaba fuego— ¿Acaso estaba en su sitio cuando yo me desperté y entre aspavientos de pánico tiré del cordel con todas mis fuerzas?, ¿acaso estaba, sepulturero?

Él cabeceó, intentando justificarse.

—Yo no quité la campana, ¡te lo juro!, fue el borracho del guardián.

Las albas del amanecer despuntaban por el este. La luz se escurrió por los cristales de la casa del sepulturero y fueron haciéndose dueñas de la sala hasta casi, rozar a las dos sombras. El día había llegado sin que se avinieran a un entendimiento. Cuando por fin los destellos cubrieron por completo la mecedora de cedro, desaparecieron como hacen todas las sombras, para luego volver con la oscuridad de la noche. Si no hubiera sido así, podrían haber visto cómo Plutón salió por la gatera, corrió hasta las tumbas, brincó por entre las callejuelas de las criptas y se encaramó a la hornacina de una de ellas, para luego deleitarse jugando con la campanilla.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

1er Premio (juvenil):

Patrocinado por Centro Comercial
Loranca

**“El reloj dorado”
Ruth Sörgel**

Pseudónimo: Samanta

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

E

ra viernes, estaba esperando a la llegada de mis padres del

aeropuerto, estaba nerviosa. Hace un mes me llegó un e-mail de Eva, mi prima de Francia, diciéndome que estaba ansiosa por llegar. Eva era dos años mayor que yo y le encantaban los libros de terror, le fascinaban.

La causa de mi nerviosismo no era que me llevara mal con ella, porque cuando hablaba con ella no hacía falta ni abrir la boca, simplemente era escuchar como ella no dejaba de hablar.

Mi nerviosismo se debía a que yo era una persona que se asustaba fácilmente, y mi prima me había dicho que traería un libro de Allan Poe el mejor autor de historias de terror. Yo ya me había preparado una linterna debajo de la almohada.

Entonces sonó el timbre, me levante fui andando a la puerta la abrí y mi prima entró corriendo me abrazó con todas sus fuerzas y chilló: ¡Samanta!

Yo intentando coger aire susurré: Hola Eva.

Entonces me soltó corrió hasta su maleta la abrió y sacó un libro.

-¡No te habrás pensado que me he olvidado!

Yo intenté sonreír para ocultar mi miedo.

Cenamos escuchando hablar a mi prima y después nos preparamos para la cama. Estuve haciendo lo posible para tardar y que no llegara el momento de leer. Pero Eva impaciente empezó a meterme prisa. Y al final tuvo que pasar, nos metimos en la cama, y Eva con su voz misteriosa que utilizaba para leer empezó, íbamos tan solo por la tercera página cuando Eva se paró y empezó a mirar fijamente el libro. No me atreví a preguntarla nada, y al cabo de un minuto me miró, y dijo:

-El hombre que aparece aquí, creo haberle visto hoy en el aeropuerto.

Nos quedamos en silencio, y cuando ya no lo soportaba más dije:

-¿Estás segura?

-Sí, estaba sentado en el mismo banco que yo. Mira.

Me mostró el libro entusiasmada, pero como sabía que pronto se le iría a ocurrir alguna locura, intenté convencerla de lo contrario.

-¿Y cómo estás tan segura?

-Tenía el mismo reloj de bolsillo dorado.

-Seguro que hay más como ese.-

-No, porque ambos relojes tenían la tapa rota. En serio, me fijé.

-Vale, los dos están rotos. Es solo una coincidencia.

-¡No! ¡Tenemos que ir al aeropuerto!

-¿Qué? ¡No hablarás en serio! Además no nos serviría de nada. El hombre no seguiría allí.

-Pero nos ayudará a descubrir algo más.

-Espera ¿cuándo he dicho que quiero descubrir algo?

-Por favor, solo mirar.

-Pero...

-Mañana iremos en autobús.

Eva apagó la luz, y ya no hablamos más.

Al día siguiente no volvimos a mencionar el tema, hasta que, de repente, Eva le dijo a mi madre en la comida:

-Hoy saldremos al parque y estaremos allí toda la tarde.

-Ah, pues no volváis tarde y llevaros la merienda.

-Vale, dijo Eva me agarró del brazo y me tiró hasta el cuarto.

-Pensé que ayer no hablabas en serio.

-Venga, solo esta vez y si no encontramos nada, no volveré a mencionarlo.

-Vale, ¿pero crees que volveremos a tiempo?

-Si, seguro, no te preocupes.

Salimos con mochilas directamente hacia la parada de autobús, no queríamos perder tiempo. Eva, no sé como, ya lo tenía planeado todo y después de ir de autobús en autobús, llegamos al aeropuerto. Eva entró corriendo entusiasmada y fue a un banco.

-¡Es aquí! Igual se le ha caído algo.

Y empezó a buscar como loca, por todas partes.

-No a todo el mundo se le caen las cosas, como en las películas.

- Pues esperaremos, igual vuelve.

-¿Por qué iría a volver?

Pero Eva se quedo callada mirando a la gente que pasaba.

Yo sabía lo cabezota que era, y no creía que la pudiera convencer. Así que me senté a su lado, al hacer esto empezó a sonreír.

Estuvimos casi una hora sentadas allí, Eva estuvo todo el rato observando a cada persona y de vez en cuando volviendo a mirar al libro. Hasta que me harté.

-¡Te dije que no vendría! No sé lo que seguimos haciendo aquí.

-Vale, ya nos vamos.

Me extrañé, al parecer mi prima se había rendido. Salimos, yo contenta de irme y Eva con cara de cansancio. Pero de repente empezó a gritar:

-¡Allí! ¡Allí! ¡Que está allí!

-¿Qué?

Y entonces yo también le vi, era verdad que se parecía al de la foto, pero seguía pensando que era una coincidencia.

-¿Qué dices ahora?

-Que tenías razón se parecen, ¿Nos podemos ir ya?

-¿Qué? ¡No! Tenemos que seguirle.

-¿No lo dirás en serio?

-Vamos.

Y Eva ya estaba corriendo, no me quedaba otra opción que seguirla.

Fuimos calle arriba y le seguimos cruzando calles y escondiéndonos detrás de las esquinas. Eva iba delante haciendo como si persiguiéramos a un delincuente, yo simplemente la seguía. Hasta que llegamos a unas serie de casas con inmensos jardines. El hombre sacó del bolsillo un reloj, lo miro y se paró en una de las casas.

Eva sacó una libreta y escribió la dirección. Yo ya estaba pensando en quemarla o romperla para no tener que volver, pero entonces vi como se lo estaba aprendiendo de memoria murmurando.

Yo le dije:-Vamos ya, no podemos hacer nada. Me imaginé que en esos momentos ya estaría pensando en cuando volver.

-Vale- dijo, y siguió murmurando la dirección. Volvimos a ir en varios autobuses, y después llegamos a tiempo a casa. Mis padres no sospecharon nada.

Esa noche Eva me intentó volver a convencer para leer. Pero yo le dije que se lo leyera ella.

Y así fue, estuvo toda la noche leyendo. A la mañana siguiente me la encontré con la cara aplastada en el libro. Se lo intenté quitar sin que se despertara, pero enseguida abrió los ojos. Y al acordarse de todo dijo:

-¡Tenemos que ir a vigilar al hombre hoy por la noche!

-Sin mí.

-Pues vale me escaparé sola.

-¿No lo dirás en serio?- dije preocupada.

-Pues claro, tengo que saber quien es.

-¿Pero no existe alguna otra manera de averiguarlo?

-Dime tú una, a mí no se me ocurre otra.

Y Eva salió del cuarto.

Ese día no hablamos más, pero lo más extraño fue que Eva no dijo nada cuando fuimos a prepararnos para la cama. Intenté quedarme despierta para ver que se traía entre manos, pero me dormí. De repente noto como algo empieza a moverme bruscamente el brazo, pero no quiero mirar que es, cada vez más brusco. Hasta que abro los ojos y veo delante mía la cara de Eva, que me dice ansiosa:

-¡Vamos, no tenemos toda la noche!

-¿Qué? ¿qué dices?

-Vamos vístete y coge tus cosas, que yo ya me he preparado.

-¿Para qué?

-¿Pues para que va a ser? ¡Tenemos que espiar al hombre del reloj!

Entonces ya me desperté del todo:

-¡No!

-Pues voy yo sola.

-Ni hablar.

-No me puedes obligar.

-No, te vas a quedar.

-Yo me voy.

Y ya no veía la manera de hacer que se quedara.

Me cambié y salimos.

Otra vez pasamos por los autobuses, casi no había gente, pero la poca que quedaba nos miraba como si fuésemos fugitivas.

Al fin llegamos, primero miramos si en alguna ventana todavía había luz, pero no vimos nada. Entonces Eva me empuja y me tira al suelo detrás de un arbusto, y ella se tira detrás. Iba a gritarle porque me había asustado, pero me tapó la boca y señaló a un señor. Entonces lo comprendí, acababa de llegar a casa el hombre.

Esperamos a que pasara y entrara a la casa. Y fuimos de arbusto en arbusto hasta entrar en el enorme jardín. Eva vio una caseta para guardar herramientas, y me susurró:

-Nos podemos meter allí y mirar por la ventana.

Yo la hice un movimiento de cabeza para asentir.

De repente escuché una cadena y unos soplidos detrás mía, pero Eva ya estaba tirando de mí y no me dio tiempo a mirar que era.

La puerta de la caseta estaba abierta, entramos y cerramos la puerta con cuidado. Pero al hacer esto algo se cayó encima de la puerta y del susto me tropecé con unas herramientas.

Eva sacó corriendo unos prismáticos, yo no tenía ni idea de donde los había sacado, pero no pensaba que era el mejor momento de preguntarle. Al mirar con ellos por la ventana dijo:

-¡Que viene!

Y ambas nos agachamos, y en silencio intentamos escuchar algo.

Una voz grave dijo:

-¿Qué ha pasado Elsa?

Eva y yo nos miramos extrañadas y dijimos en voz baja: ¿Elsa?

Cuando escuchamos como la puerta se cerraba Eva volvió a sacar los prismáticos.

-Dime lo que vas viendo, le dije.

-Asómate tú.

Me levanté y me subí a una caja de madera. El hombre se veía desde una ventana en la cocina, estaba comiendo un bocadillo y viendo la tele. Suspiré, ya me imaginaba lo que iríamos a ver la siguientes dos horas, a un hombre cenando y durmiendo. Me senté en la caja y cada cinco minutos me levantaba, lo que decía, cenó y se preparó para la cama. Pero Eva no se cansó, siguió observando. Cuando ya se acostó le dije a Eva:

-Lo que te decía, una coincidencia, vámonos ya.

-Vale, pero mañana volveremos.

-¿Tú lees demasiado, no?

Eva hizo como si no me hubiera escuchado y fue hacia la puerta, la intentó abrir pero no podía, se giró y dijo:

-Oh, oh...

-No, dije yo, esperándome lo peor.

Nos habíamos quedado encerradas.

-Tengo una idea, dijo mi prima con una gran sonrisa.

Cogió un palo, se puso delante de la puerta y al darme cuenta de lo que quería hacer intenté pararla, pero fue demasiado tarde. Había dado un golpe en la puerta para intentar abrirla. En ese momento un perro empezó a ladrar, y la luz del dormitorio se encendió. El hombre salió cogió una rama y dijo:

-¿Quién anda ahí?

Eva y yo nos miramos llenas de miedo. Se abrió la puerta y el hombre al vernos dijo:

-Ya puedes dejar de ladrar Elsa. ¿Y vosotras que hacéis aquí?

-Pues verá... dijo Eva.

-Primero entrad en casa, dijo el hombre.

Le seguimos y entramos en la cocina.

-¡Explicadme!, nos dijo.

Eva sacó el libro y le preguntó:

-¿Cómo es que sale en este libro?

Y le enseñó la foto.

El hombre cogió el libro y al cabo del rato se empezó a reír.

-Es mi bisabuelo, el mayordomo de este autor.

-¿Qué?, dije sin creérmelo.

-Sí, y yo hace poco me enteré de ello, pero ¿de qué me conocéis?

Eva le dijo:

-Le vi en el aeropuerto, y tenía el mismo reloj dorado y roto que en la fotografía.
-Pues verás, he recibido un paquete con este reloj y un diario de mi bisabuelo, que es el que sale en la foto, era una herencia que me han mandado con retraso porque lo encontraron hace poco en su antigua casa. El otro día me viste en el aeropuerto porque esperaba otro paquete. He escrito a la familia que ahora vive allí para que me mande unos libros de Edgard Allan Poe, porque en el diario de mi bisabuelo ponía que los había escondido en un baúl que estaba oculto en el sótano. La familia me contestó que los habían encontrado y que pronto llegarían.

-¿Pero, y vosotras, cómo sabéis dónde vivo?

-Emm, pues... dije vergonzosa.

-Te seguimos, dijo Eva y empezó a contar toda la historia.

Al final el hombre se ríó y dijo que nunca le había pasado algo igual, llamó a nuestros padres y se lo explicó todo.

Al día siguiente estuvimos encerradas en casa, sin poder salir. Nos castigaron una semana.

A los pocos días llegó un paquete, era del hombre que por cierto se llamaba Eduardo, con una carta en la que decía que nos mandaba algunos libros no descubiertos de Allan Poe. También ponía que éramos las primeras en leerlos y que los debíamos devolver, que pronto los editarían.

Desde entonces, cuando venía mi prima de Francia, íbamos a visitarle y nos leía el diario de su bisabuelo, y comentábamos los cuentos que nos habían gustado más de Edgar Allan Poe.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista juvenil:

Patrocina: Obra Social Caja Madrid

“Aquellos ojos rojos”
Raúl Ignacio Manso

Pseudónimo: Hugo Rubio

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

Bip Bip Bip.

Abrí los ojos poco a poco intentando identificar el ruido. Era el móvil. Me estaban llamando desde comisaría. A tientas en la oscuridad lo cogí:

- ¿Diga?
- Inspector
- ¿Sí?
- Ha habido otro asesinato.
- ... ¿Dónde?
- En la calle de la Constitución.
- Allí estaré.
- De acuerdo, adiós.
- Hasta luego

Me vestí rápidamente con lo primero que cogí; coloqué la pistola en la carcasa colgada de un lado de mi cinturón y en el otro la placa. Me quedé clavado en la puerta, sabía que no debía salir. Estaba francamente cansado últimamente y creo que sé el por qué. Estaba dedicando cada gota de sudor para atrapar al asesino que aterrorizaba la ciudad desde hace unas semanas. No sabía el por qué, pero mi cuerpo no me correspondía esa noche. Aunque yo quisiera, no podía atravesar la puerta de la entrada. Alargué lentamente la mano y giré el pomo. Notaba una presencia al otro lado de la puerta. Una vez girado el pomo de un tirón abrí la puerta y... allí no había nadie. Salí al pasillo sin molestarme ni siquiera en dar a la luz. Bajé los tres pisos por las escaleras, todavía aturdido...

Cogí mi coche, metí la calle en GPS y arranqué. Sorprendentemente no había tráfico y en un cuarto de hora conseguí llegar y aparcar. Con paso apresurado llegué al punto de encuentro. Aquella era una calle estrecha con varias callejas a ambos lados; los pisos eran antiguos y la mitad estaban con fecha para su demolición o abandonados. Cada casa que veía me parecía más conocida que la anterior.

Conseguí llegar donde estaban mis compañeros. Los saludé rutinaria y cordialmente y pasé a levantar la sábana que cubría el cuerpo sin vida. Era un hombre de unos 30 años, moreno y podría haber visto más de su rostro si no hubiera sido machacada a golpes por su asesino. No pudiéndome aguantar más me fui a una de las calles colindantes para vomitar. Nunca me acostumbraría... era demasiado antinatural...no entiendo como podía hacer esto una persona racional...

Con la manga me limpié la comisura de los labios y me reuní con los demás.

-Es él, no hay duda, siempre utiliza el mismo modus operandi - me dijo uno-. Cara desfigurada y varios cortes que provocaron el desangre. He revisado el historial del cadáver y era un carterista, como todos los anteriores. Seguramente llegó su muerte a las... -le dejé de escuchar porque me pareció ver algo en uno de los callejones.

Sin decir nada a nadie me salí del corrillo y en silencio me dirigí hacia allí. Una vez en la boca de la callejuela saqué mi pistola y la puse en alto. Estaba oscuro...silencioso... hasta que oí pasos delante mía. Cogí el móvil y lo usé de linterna. Me di cuenta de que era un callejón sin salida y que allí no había nadie, por lo que guarde mi arma. Por si acaso llegué al final y encontré un cuchillo encharcado en sangre detrás de un contenedor. Lo examine y no había duda de que era el arma del crimen. Me agache para recogerlo cuando una mano se me apoyo en el hombro. Me quede inmóvil mientras el brazo que precedía a la mano pasó rozándome cogiendo el cuchillo. Era un brazo pálido casi cadavérico. Hubiera sido fácil sacar la pistola y disparar pero no podía ni siquiera respirar del miedo que tenía. Me di la vuelta lentamente mientras el brazo ya armado con el cuchillo retrocedía. Ni siquiera sabía por qué me giraba pero sentía la necesidad de ver su cara.

Cuando conseguí darme la vuelta me di cuenta de que estaba de rodillas ante un asesino. Mirando el suelo. A pesar de que fuera una persona al que no había sentido más que desprecio, desde el momento en que mi vida paso a estar en sus manos todo había cambiado. De nada servía en ese lugar mis condecoraciones, ni mi fuerte carácter en ese momento. Yo era suyo. Aunque suelen decir que el valor viene después del miedo, aquí parecía que nunca me iba a llegar la valentía pues ante mí tenía al criminal más peligroso, sangriento y buscado al que me había enfrentado. Y lo más importante nadie le había visto jamás.

Me levanté lo más despacio que pude pero seguía sin poder levantar la vista del suelo. Sintiendo que sus piernas era una parte que me servía de refugio para no ver lo que estaba por llegar. Subí. Vestía unos pantalones de pijama al igual que una camisa a juego y... no pude subir. Veía que el asesino se ponía nervioso de mi lenta subida, moviendo el cuchillo lentamente de una mano a la otra, seguramente pensando cual sería la mejor forma de matarme. De pronto una pequeña porción de aquel valor me vino y levanté la cara. Me quedé probablemente pálido, pero no tanto como el.

Su cara era blanca con grandes y marcadas venas en las mejillas... y sus ojos... unos ojos rojos con pupilas dilatadas y ...ya está... no me fijé en nada más de su cara; sus ojos me captaron y me pusieron nervioso, me miraban, absorbiéndome... esos ojos no podían ser de una persona... no se explicarlo pero esa mirada me cautivó pero a la vez me quería alejarme de ellos...pero sobretodo me asustaron... tanto que cogí mi pistola, pero antes de ni siquiera poner el dedo en el gatillo el me clavó el cuchillo.

Sentí el frío del acero al penetrar mis entrañas... el borboteo de mi cálida sangre por mi vientre... su mirada victoriosa. Sentí mi cuerpo caer, pero no podía hacer nada para detenerlo. Sentía mis parpados cerrarse como si no quisieran ver aquel macabro espectáculo en el que yo era protagonista... Desde mi posición me desplomé contra la acera...ya simplemente no sentía nada... solo me recordaban que estaba vivo mis pensamientos y el quejoso latir de mi corazón luchando por no parar...entonces me acorde de ella ... de su dulce rostro... de su vientre abultado... de su brutal asesinato...

Me desperté sobresaltado boqueando aire sin parar. Intentando identificar donde estaba. Estaba tumbado sobre una cama...a mi derecha había una gran ventana con las persianas entre bajadas...a mi izquierda en

armario astillado y en frente mía una puerta cerrada...todo de un penetrante color blanco.

Me intenté incorporar pero me di cuenta que estaba atado de muecas y tobillos al camastro. Me volví a levantar ansiosamente; no solo sin conseguir ningún adelanto, sino que encima se me levantó un gran dolor en el abdomen ...un dolor intenso... miré en aquella dirección y me encontré con las sábanas tiñéndose de rojo...apreté con fuerza y me sí cuenta de que era una raja abierta y sangrante... empecé a moverme de un lado a otro, lo que me permitían mis ataduras, gritando mientras mi cuerpo convulsionaba ferozmente cuando dos personas entraron por la puerta...uno me cogió de los hombros mientras una mujer me clavaba una jeringuilla en el brazo... y vino el silencio otra vez ...la tranquilidad y aquel mundo totalmente mío.

Me volví a despertar en aquella habitación. Todo estaba igual salvo que habían añadido al escaso mobiliario un taburete y las manchas de color rojo habían desaparecido de las sábanas y de mi pijama... ¿pijama? ¿Cuándo me lo habían puesto? Lo examiné, cuando vislumbré un logo en un bolsillo superior "San Ambrosio, Hospital Psiquiátrico". ¿Hospital psiquiátrico? ¿Estaba en un manicomio? ¡¡¿En un maldito loquero?!! Empecé a gritar diciendo que había un error, intenté con fuerza romper mis ataduras. No sabía por qué me habían ingresado allí y la ignorancia me ponía nervioso. De pronto noté una presencia en una de las esquinas de la habitación sentado en la silla. La oscuridad del rincón me evitaba conocer su identidad, pero estaba seguro de que era un hombre, y que estaba trajeado. Tragué saliva, no le había oído entrar, ni sentarse, ni siquiera que arrastrara el taburete a aquel rincón, pero aquellas cosas las achaqué a que estaba enfrascado en mi berrinche...

-Te han cogido... apresado como un animal...-me pareció vislumbrar una sonrisa-...Respóndeme a una cosa... ¿porqué estás ingresado?

-No lo sé- murmuré entre dientes... no me sentía a gusto.

De pronto se abrió la puerta y entró una señora me preguntó un par de cosas pero no la atendí. No perdía de vista a aquel hombre de rostro sombrío. La señora se puso en medio de mí y del hombre. La miré y era una guapa muchacha pero no podía atenderla hasta que ella no me respondiera a mí.

-Por qué estoy aquí- mi tono de voz no fue el más amable de lo que debiera.

-Te trajeron tus compañeros policías.

-¡¿Por qué?!

-Porque te aprecian.-dijo mostrando una sonrisa.

-¿Por qué estoy aquí?

-Porque te intentaste suicidar en el callejón- una carcajada sonó detrás de la chica.

-Me clavaron un cuchillo... ¡¡¡fue un maldito intento de asesinato!!!-mi rostro empezó a tiritar como cuando retienes las ganas de llorar.

-Te vio un compañero....-dijo la doctora incómoda.

-Te están engañado...quieren que creas que tú eres el asesino- dijo el hombre desde el rincón-.es una de ellos...

No se por qué, pero la señora hacía como si no escuchara nuestra conversación. Se agachó a coger algo en el armario.

-Es uno de ellos-me dijo levantándose del taburete pero continuando en la oscuridad- quiere rematar el trabajo...

-Qué son- le pregunté-

-Eso no importa todavía pero te aseguro que te quieren matar...- dijo él mientras la señora sacaba del armario una camisa de fuerza.

-Te vamos a trasladar a otra habitación-dijo con un intento de sonrisa en su rostro.

Me desabroché las cintas que me apresaban y me senté sobre la cama. Examinando como huir. Y entonces me miró la chica y allí estaban aquellos ojos... en la mirada de aquella mujer... rojos como la sangre...me levanté bruscamente y cogí el taburete rozando al señor y me dirigí hacia la señora corriendo y la golpeé fuertemente en la cabeza...se cayó al suelo ... se seguía moviendo y mirándome ...quería que aquellos ojos se apagaran... que el brillo desapareciera...que no pudieran volver a ver...cogí el metálico asiento y la seguí golpeando... no se dejaba de mover...seguí ...la sangre se acumulaba en un charco pero no podía parar...hasta que mis brazos agotados dejaron caer la silla entre mis dedos. Miré el cadáver pero no sentí arrepentimiento, ni vergüenza, ni una pizca de pena...simplemente la adrenalina corriendo por mis venas. Estuve quieto en la misma posición durante unos minutos...cuando me caí de espaldas....otra vez ese dolor... se me había vuelto a abrir la herida...y esta vez sangraba ferozmente por mis agresivos movimientos...pero no me podía quedarme allí quieto...

Salí al pasillo, era largo y estaba infestado de puertas. Corrí por él, con una de las manos apretando la herida. Iba dejando un rastro de sangre a mi paso cuando me caí de boca contra el suelo...notaba la falta de sangre en mi cuerpo y mi vista fallaba...pero no podía detenerme...no ahora...me intenté levantar pero me quedé en el intento... cuando aquel hombre me cogió y me levantó:

-Debes hacerlo...-me levantó con todas sus fuerzas-venga corre...intentaré distraer a los guardias...no puedes rendirte...eres de los pocos que a llegado tan lejos...la mayoría se rinde... se cansa de vivir...ellos ganan...no puedes hacerlo...

Con renovadas energías me levanté y empecé a andar dejándole atrás. Conseguí salir a la calle. La gente se apartaba a mi alrededor y la verdad no me molestaba, lo entendía... yo también lo hubiera hecho si alguien se me hubiera cruzado... sangrando y en pijama. Me metí en un callejón para descansar de las incansables miradas... parecido a donde él me había apuñalado aquella vez. Me senté detrás de un contenedor esperando a lo que tuviera que pasar.

De pronto apareció él, al fondo del callejón, él que había empezado todo, el que me había acuchillado... pero no vestía de aquella forma desdeñosa de la última vez....sino con un formal traje...pero no un traje cualquiera sino el traje

de aquel hombre que me había ayudado escapar...del hombre que me había salvado de... ¿sí mismo?

-Me has engañado- dije mientras me empezaba a mecer como si aquello me ayudara a entender algo que era incomprendible...

-No te engañado.

-Me dijiste que me estabas salvando...

-Y te salvado...de ellos...del resto de personas...se creen superiores a ti...te mirarán por encima del hombro...te devorarán como hicieron con ella...

-¡¡¡No la metas en esto!!!

-No quieres escuchar como tu mujer murió acuchillada por uno de ellos...mientras que los demás simplemente se dedicaron a mirar... ¿de verdad quieres ser como ellos? ¿Un cobarde? Tú no eres así... tú eres diferente...eres superior...desde siempre has visto cosas que ellos no habrían podido ni siquiera imaginar... ellos son frágiles...sus mentes no lo soportarían. No dudarían en matarte, encerrarte, maltratarte tan solo porque eres diferente. Por qué no saben hacer otra cosa con lo desconocido. Siempre lo has sabido. Siempre te lo han dicho aquellas voces en tu interior que has luchado por apagar... ¿para qué? ¿Para ser uno de ellos? ¿De verdad es a lo aspiras? No puedes hacerte eso...libérate... suéltalas...

-¡¡No!!¡¡Soy normal!!¡¡Me intentas engañar!!

-Todavía no lo entiendes...yo soy tú

-¡¡No!!¡¡Calla!!-cada vez me mecía con más fuerza y me puse la mano en la cabeza revolviéndome el pelo y llorando. No lo notaba pero la herida no dejaba de sangrar.-¡¡ Yo no soy como tú!!¡¡ Yo no soy un asesino!!-le grité-. No soy un asesino...no soy un asesino.-me repetía a mí mismo...necesitaba creérmelo.

-Ni siquiera te crees tus palabras...Sabes lo que has hecho...sabes lo que hemos hecho...Somos iguales...

-¡¡No!!-grité mientras me levantaba y empezaba a correr.

Salí del callejón la calle dejándole a él atrás. La gente huía de mí... mientras que yo no sabía que hacer...a donde ir...me di la vuelta varias veces...cuando vi mi reflejo en un escaparate. Empecé examinándome de abajo a arriba...tenía unos pantalones de pijama...una camisa a juego manchada de sangre y estaba pálido por la pérdida de sangre. No podía subir, sabía lo que pasaría si subía... que vería aquellos ojos... Subí. Y allí estaban...tenía los ojos rojos... tenía sus ojos...era el asesino del callejón...yo los maté a todos...De pronto el apareció a mi lado en el reflejo del escaparate...solo estábamos nosotros dos...la gente había huido...

-Yo soy tú- y dicho esto y entre carcajadas desapareció de mi lado.

De pronto me vi rodeado de tres coches de policía que me decían que fuese con ellos.

- No soy un asesino...-murmuraba mientras derrumbaba por el desangre.

Oía las sirenas de los policías de fondo pero en mi cabeza retumbaba la misma frase "Yo, soy tú". Hasta que simplemente cerré los ojos, esperando que esta vez fuera para siempre, porque simplemente, ya no tenía ningún motivo, ni esperanza para vivir.



V CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ALLAN POE;

Finalista juvenil:

Patrocina: Obra Social Caja Madrid

**“Nunca más”
Jennifer Díez Sánchez**

Pseudónimo: Anónima

**200 AÑOS
DE MISTERIO**

Me desperté súbitamente. Una pesadilla había abordado mi mente

durante aquellas horas en las que mi cuerpo había sucumbido al cansancio en una noche fría de diciembre. Alcé mi mano y la llevé a mi rostro, desperezándome y me levanté bruscamente, sin percatarme antes de que un libro había estado reposado en mi regazo y ahora caía al suelo estrepitosamente. Maldije por lo bajo y lo recogí, cuando de repente me percaté de que había algo raro en aquella estancia. Mi sillón de terciopelo violeta estaba frente al gran portón, sobre el que reposaba un busto de Palas. Arqué una ceja con extrañez y también advertí que la ventana estaba abierta de par en par, dejando que una brisa gélida meciera suavemente el terciopelo rojo de las cortinas.

-Debo dejar de beber. –Dije, colocando el sillón en su sitio, frente a un gran escritorio en el que descansaban varios libros, plumas, tinteros, y muchos otros artilugios que tenían los mismos o más años que yo. Cerré la ventana y volví a observar la sala.

Era una gran biblioteca rodeada de altas estanterías llenas de libros de todas las clases y de todos los siglos conocidos. Junto al escritorio y al sillón reposaba un pequeño mueble bar lleno de licores, al que me acerqué y serví uno de tantas bebidas que me hacían olvidar mi tristeza sumida por la ida de mi Leonora. Después, me dediqué a observar los libros una vez más con el licor danzando en la copa sin tan siquiera haberlo probado. Sin desearlo, mi mirada se fijó en el único cuadro que presidía la habitación. En él una mujer joven de tez blanquecina observaba al infinito con una leve sonrisa de color carmín, mientras algunos bucles rojizos galopaban por su rostro ocultando levemente su mirada esmeralda. Mi Leonora, cuan bella era. Cuanto la pude llegar a amar, cuantas veces pude besar sus labios envenenados. Cuantas veces pude estar tendido sobre ella y cuantas veces ella se apartó de mí con carácter juguetón, dejándome la miel de su piel en mis labios sin darme tiempo a catarla.

Suspiré con cansancio y dolor en mi corazón marchito. Sentí por un momento que mis fuerzas se las llevaba el viento y mis dedos sudorosos dejaron caer de entre ellos la copa. No me importó. Me dirigí con el rostro cabizbajo a mi habitación, debía descansar.

Me deslicé lenta y pausadamente entre la oscuridad de los pasillos de mi gran mansión, aún podía oler en el aire su perfume de jazmín. Finalmente llegué al cuarto y me deshice de mis ropas, dejándolas por cualquier lado. Me postré sobre el lecho, mi cuerpo estaba cubierto por tan solo una fina sábana cuando un olor de nuevo me hizo sentir un escalofrío. Jazmín. Maldije a los cielos por traerme desde el Edén el perfume de mi amada para hacerme marchitar más aún. Varios minutos fueron los que me removí entre las sábanas hasta que conseguí caer en un profundo sueño.

Mis labios soltaron un leve alarido de entre ellos, pero otros labios los sellaron entonces. Me agarré con fuerza a las sábanas, debía ser de madrugada

cuando unas manos aterciopeladas me despertaron de mis sueños y me había encontrado con una mujer desnuda postrada sobre mí. Un par de lágrimas brotaron de mis ojos cuando la joven alzó el rostro y me sonrió con dulzura. Mi Leonora, era ella. No sabía cómo ni por qué, pero en aquellos instantes lo único que ocupaba mi mente era que volvía a tener aquella piel cálida entre mis manos y que nunca la dejaría escapar de nuevo. Leonora me besaba los labios con pasión, dejando que éstos se fundieran con fuerza a los míos mientras sus manos recorrían todo mi cuerpo. Las mías mientras tanto dibujaban la línea de su espalda, la había anhelado tanto desde su ausencia. Mi amada deslizó sus labios por mi garganta hasta llegar a mi cuello, que besó y marcó levemente con sus dientes de forma juguetona. Aquella faceta suya me encantaba, aún a su edad de veintitrés años seguía siendo, en algunos aspectos, una niña. Mi alma suspiraba ya por fundirse con la de Leonora cuando ella alzó el rostro y sus ojos esmeraldas se clavaron en los míos. Una sonrisa se formó en mi rostro y volví a posar un suave beso en sus labios.

-Te he añorado tanto...- Musité en apenas un susurro. Una de mis manos se alzó a acariciar el rostro de ella cuando mi Leonora la apartó y me miró con gesto serio. De sus ojos resbalaban un par de lágrimas de cristal.

-Nunca más –Fue lo único que salió de entre sus labios.

Le miré atónito y sorprendido cuando recordé la pesadilla que había tenido en la biblioteca, una pesadilla en la que un cuervo caído del mismo cielo o expulsado del infierno tan solo decía 'Nunca más' a cualquier cuestión mientras descansaba sobre el busto de Palas sobre el portón de la biblioteca. Ni las caricias de Leonora habían hecho que me estremeciera más que cuando recordé aquello.

-¿Amada mía...?

En ese instante algo tiró de mi Leonora, que se separó bruscamente de mí. Mis ojos no podían creer lo que presenciaban. Se retorció como si algo en su interior estuviera acuchillándola a la par que su tez blanquecina se tornaba en un color grisáceo. Sus ojos desaparecieron y tan solo quedaron sus cuencas vacías e inexpresivas. Sus cabellos se quemaron como el fuego arrasa con un bosque. Su voz se aparecía metálica cuando suplicaba que fuera con ella, que no permitiera que nos separaran de nuevo.

-Nunca más... -Fue lo último que pude llegar a oír.

Aun con el miedo que habitaba en mi corazón me alcé sobre el lecho y me abalancé sobre la figura de mi amada, pero ya era demasiado tarde, ya se la había llevado. Tan solo quedó de ella un olor agobiante a jazmín.

Alcé un grito de dolor e ira al cielo que hizo retumbar a la propia oscuridad de la noche. Allí, postrado en el suelo entendí todo, aquella pesadilla, el olor a jazmín, sus palabras. Apreté los puños con fuerza hasta hacerme daño y me mordí los labios hasta hacerme sangre, aún tenían su sabor.

Me alcé y corrí con todas mis fuerzas por los pasillos sometidos al silencio y siniestralidad de la noche y al perfume asfixiante de mi amada. Finalmente abrí de un portazo el portón de la biblioteca y observé la estancia. Sabía lo que debía hacer.

Lentamente me acerqué al escritorio y me agaché junto a éste. Varios cristales estaban esparcidos sobre la alfombra de la copa que había roto antes. Cogí el más grande que encontré y me postré ante el cuadro de mi Leonora. Mis mejillas estaban encharcadas en lágrimas, pero mi pulso era firme y decidido.

-Nunca más. –Dije antes de alzar el cristal y con él cortar el cuello que minutos antes había sido presa de los besos de mi amada.

No hubo ningún grito de dolor. No lo sentía, en todo momento mantuve una sonrisa, por fin estaría con ella eternamente. Una de mis manos manchadas por mi propia sangre sin quererlo se deslizó por el cuadro cuando caí al suelo, manchando el rostro de mi amor de un rojo escarlata. Y allí, a sus pies, morí lentamente, aún sintiendo el olor a jazmín en el ambiente y con el sabor a miel de la piel de mi Leonora entre mis labios. Antes de marcharme con ella, mis ojos se alzaron hacia el busto de Palas, sobre el que descansaba aquel cuervo que jamás emprendió el vuelo. Sonreí.

Mi Leonora, ya voy contigo, y te prometo que no me separaré de ti.

Nunca más.